



*Dos Salesianos
escriturados
a Zapatoca*



JAIME RODRÍGUEZ F. SDB.

**DOS SALESIANOS
ESCRITURADOS
A ZAPATOCA**

JAIME RODRÍGUEZ F. SDB.

Dos Salesianos escriturados a Zapatoca

©Jaime Rodríguez F. SDB.

ISBN: 958-33-4045-6

Primera Edición, octubre de 2002

©Editorial Visuales DAR Ltda.

Carrera 15-A No. 56-26

Teléfonos: 255 84 00 - 249 44 79

Bogotá D.C.

Carátula: Panorámica de la Ciudad de Zapatoca, Santander, Colombia

**A ZAPATOCA,
LA CIUDAD LEVÍTICA
Y PROFUNDAMENTE SALESIANA,**

A SUS HIJOS QUE NACIERON EN ELLA,

**A LOS HIJOS DE DON BOSCO
QUE PROTAGONIZARON EN ELLA LA PEDAGOGÍA DEL AMOR,**

A LAS FAMILIAS QUE LES CONFIARON SUS HIJOS,

**A LOS ALUMNOS SALESIANOS QUE SE FORMARON EN ELLA
PARA SER BUENOS CRISTIANOS
COMO CIUDADANOS HONESTOS,**

**A LOS QUE HAN IDO Y SEGUIRÁN LLEGANDO
EN LA ROMERÍA DE LA NOBLEZA Y DE LA GRATITUD
PARA RETEMPLAR SU ESPÍRITU
EN LA REVIVISCENCIA, EL AFECTO Y LA CALIDEZ
DEL ENCUENTRO SALESIANO.**

Este libro se hace realidad gracias a la ayuda generosa del Ing. Pedro Alberto Rueda Ardila y del Arq. Carlos Enrique Quijano Serrano, exalumnos salesianos de Zapatoca y de la Química Farmacéutica Dra. Rosemary León Buitrago, exalumna salesiana de Bogotá.

EXORDIO

El título que une estas dos biografías en un libro dedicado salesianamente a Zapatoaca, ciudad salesiana por excelencia, nos remonta al período fundacional, comunión profunda entre los Hijos de Don Bosco y la comunidad zapatoqueña que los pedía, aclamaba y recibía con tanto amor y entusiasmo.

Era la noche del 31 de octubre de 1944. El P. José María Bertola, Inspector Provincial salesiano, junto con el P. Emilio Rico iban a conocer “la tierra prometida”, conducidos por una lujosa comitiva que encabezaba Monseñor Ángel María Ocampo, Obispo auxiliar de Socorro y San Gil, fautor principal de la fundación del Colegio Salesiano en la ciudad. La anunciaba como un verdadero milagro de San Juan Bosco y afirmaba que para el éxito completo contaba, sobre todo, con la generosidad de Zapatoaca: “Escrituraremos –dijo, la ciudad entera a los Salesianos”. Cuando el P. Bertola respondió al discurso manifestando que los Salesianos “corresponderían a tantas muestras de confianza y afecto trabajando aquí con todas sus fuerzas”, el Señor Obispo proclamó el milagro: Zapatoaca, nacida dos siglos antes, se consolidaba como ciudad salesiana¹.

Habían transcurrido 33 años desde cuando se conoció en la ciudad el nombre de Don Bosco. ¡Y lo invitaron! El 22 de febrero de 1911 se reunían, presididas por el párroco Gil Antonio Serrano Díaz y el vicario Pbro. Dr. Claudio Acevedo, las señoras Zoila Acevedo de Díaz, Orocia Acevedo de Amorocho, Irene Amorocho de Gómez, Ana Joaquina Díaz de Ardila y las señoritas María de los Reyes Díaz, Ana Lucía y Concepción Gómez Otero, que se constituyeron en junta promotora de una fundación salesiana de un colegio de varones. Como tesorero quedó el Sr. Leonidas Ardila.

La invitación no pudo ser atendida por los Hijos de Don Bosco que apenas acababan de cumplir 21 años de llegar a Colombia y tenían que atender numerosos frentes. La ciudad apacible y amable tuvo que seguir soñando al compás de su evolución tranquila hasta que la despertaron las campanas que anunciaron el arribo de Don Bosco².

En el corazón de la ciudad fue surgiendo una capital, palacio de la pedagogía salesiana, otero para contemplar el panorama regional y nacional, faro que atraería miradas de lugares muy remotos. Y, como a la Jerusalén de las descripciones bíblicas, la inundarían legiones juveniles estudiosas, musicales, fantaseadoras, teatreras, deportivas, espirituales, agradecidas. Generaciones de salesianos estupendos compartieron con la alegre muchachada patios, salones, capilla, paseos, sueños, ciudad. El colegio se desbordaba sobre ella con lo mejor de su espíritu y la villa se entraba al colegio para respirar, compartir, sentirse en casa.

Se sucedieron 28 años de acontecimiento salesiano vivo y presente. Todos los que llegaron y vivieron la dimensión salesiana, al tener que marcharse, se llevaron en el corazón a Zapatoca para convertirse en embajadores y emisarios de la ciudad querida con la que se comprometían a volver como peregrinos a su dimensión salesiana de raíces profundas y vivificantes.

De entre todos, dos se quedaron en nombre de todos y, en definitiva, en nombre de Don Bosco: desde la intrepidez y fogosidad de conquistador el uno, capaz como nadie de solidaridad y de amistad, el P. Fernando, al llegar a Zapatoca quemó sus naves y se sembró como grano de trigo en el surco; desde la mística y la mansedumbre el otro llegó y se quedó porque Jesús era el compañero de su vida y lo había conducido de la mano. Ambos construyeron colegio y ciudad. Ambos levantaron castillos espirituales: desde el ministerio incansable de la misericordia divina el P. Fernando y Don Miki desde el legado de sus "Memorias" sobre el sentido de una vida que nos dejaba en pertenencia. De la fatiga y de los bra-

zos de uno y otro, de su trabajo hasta el agotamiento, quedaron muros y espacios azules y las huellas más profundas e indelebles del amor, la solidaridad, la simpatía, la amistad en nombre de Don Bosco.

¡Y la convocación! Al tener los Salesianos que levantar las tiendas...quedó el edificio de cristal, patios y cielo, el cariño mutuo y la necesidad del reencuentro entre lo salesiano y lo zapatoaca y el dinamismo de las peregrinaciones al mausoleo de los levitas en el camposanto, desde la ciudad y desde fuera, porque el P. Fernando y Don Miki se escrituraron ellos mismos a la ciudad y ésta se los escrituró para sí y con ellos a toda la Comunidad, para que Don Bosco esté siempre presente en su historia y VUELVA UN DÍA a seguir caminando por sus calles, entrando a las casas de la Zapatoaca fiel e inconfundible en su espíritu salesiano...desde 1911, 1944 y 45, pasando por la página temporalmente final de 1973, hasta la esperanza sin límites.

J. R. F.

¹ Libro I: "Crónica del Colegio Salesiano de Santo Tomás de Aquino: 1944 a 1956" (parte escrita por el P. José Cancino), pp.16-17.

² Pbro Isaías Ardila Díaz. ZAPATOCA. Bogotá: Ariel Ltda., 1988, p. 434. Se trata de una cita tomada del Archivo Parroquial.



P. FERNANDO ORTEGA DE LAS HERAS

Nació en Quintanilla del Agua (Burgos), España
el 19 de agosto de 1917.

Murió en Bucaramanga, Colombia,
el 9 de febrero de 1972.

54 años de edad, 37 de profesión religiosa y 26 de sacerdocio

EL PADRE FERNANDO ORTEGA DE LAS HERAS

Su atardecer fue en Zapatoaca hasta inaugurar su amanecer eterno hace 30 años, un 9 de febrero, en 1972, cuando en las últimas horas de la madrugada iniciaba el nuevo día sin ocasos ni finitudes. En la temporalidad, la ciudad envuelta en el crepúsculo de su tristeza y de la jornada de despedida, acogió para siempre su cuerpo, como grano de trigo, en el surco generoso de la tierra que él amó sin medida y que lo amó y lo sigue amando. Con el transcurso del tiempo lo va haciendo cada vez más hijo suyo porque lo sintió *PADRE* para sus inquietudes espirituales y sus esperanzas, en el ámbito de la amistad y la confianza y, de modo particular, personificadas en la juventud nacida en ella o que había albergado, venida de lejos en busca de ambiente y otero educativo para respirar y mirar hacia el futuro.

Los muchachos de esos ayeres siguen volviendo y seguirán haciéndolo, como el retorno a las raíces que alimentan y sostienen lo que son y lo que quieren seguir siendo: Zapatoaca es la ciudad de su Colegio Salesiano, con el amor a María Auxiliadora y a Don Bosco y con alguien, el P. Fernando, que fue alma de su imponente y majestuosa construcción, palacio de la pedagogía y patio salesiano donde "encontrarse como amigos y pasarla bien".

En la parábola del retorno ya no encuentran a los Salesianos. No faltan los recuerdos de las personas. Por el contrario, abundan y los nombres asaltan el afecto y el agradecimiento. Con todo, no pueden no ser echadas de menos las presencias. Y la búsqueda de las mismas se hace romería infaltable y ya tradición ineludible al camposanto donde Zapatoaca pidió albergar para siempre los despojos de dos salesianos que prodigaron allá lo mejor de su existencia hasta la consunción de sus vidas: el P. Fernando Ortega y el Hermano Coadjutor Miguel Zablocki.

Nacidos en España y el Imperio Austro-Húngaro respectivamente, Zapatoa fue la síntesis del sentido de sus vidas salesianas y allí y desde allí Dios los llamó a la inmortalidad.

En la última de estas peregrinaciones del quizás más multitudinario retorno de Exalumnos a sus lares juveniles del Colegio Salesiano el 13 de octubre del 2001, el científico social y profesor universitario Libardo León Guarín interpretó los sentimientos de todos los que se agolparon en el cementerio rodeando el panteón leyendo y releyendo los nombres que, más que encontrar en las lápidas, se les salían del corazón:

Pienso que nuestra presencia hoy, un día de abrazos y reencuentros, obedece a la necesidad agradecida de reconocer a nuestros maestros y al P. Fernando que lo fue, sin duda, por excelencia; sin tiza ni tablero, supo combinar lo disciplinario con el Sistema Preventivo de Don Bosco, con la amistad sincera y la sencillez a toda prueba. Me parece verlo con la sotana de siempre, recargado sobre la baranda frente a la Prefectura, con cara de satisfacción viendo en nosotros el futuro y la labor cumplida, mientras jugábamos en los recreos. Era como una orden perentoria que lo impulsaba a dejar lo que estuviese haciendo para salir al corredor a mirarnos, a charlar con los alumnos que llamaba por los altoparlantes. Si la impresión que daba en el primer momento era la de ser un castellano hosco, por el tono alto de su voz -tan española y que heredaron en parte nuestros costños del norte- a la hora de hacer amigos, sugerir salidas o prestar apoyo, no había tal; porque era capaz de sacrificarlo todo para que alguien se sintiera mejor(...)

No en vano pasan los años, que son ya 29 de la muerte del P. Fernando Ortega de las Heras, cuando sólo contaba 54 años, menos de la edad de algunos de nosotros. Hemos venido a contarle cómo han sido nuestras vidas, unas a pie y otras caminando y hasta jugar con la memoria un partido de "olímpica" o pelota vasca, donde él debe ser el árbitro mayor, para que vea cómo nuestras rodillas tampoco son las mismas de antes; hemos venido a decirle que por su premonitoria visión ecológica seguimos cargando "la pesa", para recordar que no debemos botar basuras al piso; que conservamos su recuerdo, sus enseñanzas de hombre de bien, entre ellas la tolerancia a las ideas políticas del adversario, a pesar de su acendrado franquismo. Que no vinimos vestidos de tristeza, porque sabemos que el color gris de la tristeza nunca le cayó bien a su figura. Rea-

lizadas en buena parte nuestras vidas, Padre Fernando, aún podemos decirle que conservamos enormes deseos de seguir viviendo y hasta la frescura de una flor cuando amanece (...)

Esperamos no haberle hecho tanto ruido como el que se oía en el patio o en la "cuadra" o en la piscina, para no distraerle demasiado; ni siquiera hemos traído el sonido de la campana llamando al descanso, porque allá en el colegio todavía la tienen ocupada. Ya sabemos que preferiría una de esas hermosas retretas, dirigidas con la deliciosa musicalidad tolimense del Padre Juanito, pero la banda de música también se ha ido; o una elegante revista de gimnasia, ahí sí "todos de blanco hasta los pies vestidos", organizada por el P. Jorge Giraldo quien no pudo acompañarnos. Ellos también están aquí acompañándolo y acompañándonos en silencio, con una delegación de queridos profesores y familiares. Pero, si en todo caso, le parece que la algarabía ha sido mucha, le sugerimos que tome el micrófono, haga pasar a la prefectura a Hernán Torrén, a Tomás Jiménez y a todo su combo, porque ellos son los gestores de este sentido y maravilloso reencuentro y pégueles una "vacuada" por ser tan "calabazos" de no haberlo hecho antes.

¡Descanse en paz!

El recuento de la cronología en los 20 años de su vida consagrados a Colombia también entraba en el discurso: el autor, como buen sociólogo, evocó los entornos espacio-temporales de los mismos, para hacer el arqueo de los grandes hitos, empezando por el lustro de su servicio pastoral en el leprocomio de Agua de Dios, motivo y meta de su venida a Colombia y pasando a los tres que entregó en Zapatoca, la ciudad que Dios escogió para que él coronara su existencia en la mejor expresión de su fe salesiana.

Es que dichos entornos, o mejor, parámetros espacio-temporales, cuentan muchísimo en la historia de alguien. Pero el sentido de ésta remite de manera fundamental a la capacidad de relación y de reconocimiento de los otros, de llegarles al corazón, de ser para ellos compañero de camino, de ser también elemento definitorio de sus vidas, en llegar a obtener el eco a la interpelación que se es con respecto a los demás. En esta di-

mención Don Bosco daba como eje de la educación salesiana: amar de tal manera que se suscite y recoja en reciprocidad el ser amados. Es cuando se abren de par en par las puertas de la confianza mutua, lo mejor de la amistad y del reconocimiento recíproco.

En la historia de la Iglesia primitiva se anuncia a *"Jesús... que pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el mal"* (Hch. X, 38). Según el evangelista Marcos, testigo de primera mano de la vida y acciones del Señor, decían de Él: *"Todo lo ha hecho bien; hace oír a los sordos y hablar a los mudos"* (VII, 37).

La historia, pues, rebasa el mero acontecer de hechos a lo largo del tiempo y del espacio para traernos y ponernos delante a quienes nos ayudaron a ser, nos enseñaron a vivir, entran en la definición de nuestra vida como historia porque le brindaron sentido y perspectiva. Es un descubrimiento, intelección, nueva claridad y no se limita al momento de su inserción en nuestra corriente vital, como algo que llegó de un momento a otro sino que despierta la necesidad de hacer nuestros sus orígenes y el trayecto hasta el encuentro para seguir caminando juntos, marcha que sentimos que no se ha interrumpido cuando la historia deja de ser temporal y se vuelve trascendencia.

El P. Fernando nos llegó "sin pasado". Se había desprendido de él y lo hizo de manera tajante, sin posibilidad de retorno. A su España natal, nuestra Madre Patria, nunca volvió. Quizás en el período inicial se comunicaba con los suyos. Después no más. Una carta que le enviaba al P. Fernando en agosto de 1963, su sobrino, Juan José Ortega, entonces en el escolasticado de los Hermanos de San Juan de Dios, le habla como a quien conoce sólo de oídas: "Grande será mi alegría si llega a leer esta carta, la primera que le dirijo a S.R. a esas tierras de América y que estas líneas rompiesen ese silencio que nos tiene". (Tal es la redacción). "Lo recuerdo tío mucho, y ahora me he animado a escribirle; cuánto me gustaría saber algo de S.R."

A una familia que con frecuencia le preguntaba por el P. Fernando, le comenta su hermano Timoteo en una carta de vísperas navideñas de 1964, "como no sabíamos señas, nada le pude decir de tu vida". Apenas habían tenido una referencia indirecta por algún salesiano que pasó por España.

En febrero de 1965, Prudencia, hermana suya, le escribe desde Francoforte, Alemania, a donde había emigrado a trabajar, un afectuoso pero fuerte reclamo: "Porque no escribes siquiera al pueblo. Te pido por favor que escribas: piensa que tienes madre y hermanos y todos deseamos saber de ti".

Tampoco tuvo con nosotros esas evocaciones de su España, que son lógicas en el recuerdo y en el afecto. Como si nada de aquella historia tan suya y tan nuestra contara y los que contáramos fuéramos únicamente nosotros. Parecía como si el P. Fernando hubiera sido alguien sin etapas previas. Su entrega a Agua de Dios fue incondicional y definitiva. Pero cuando se le impuso el traslado a Zapatoca, el pasado inmediato se disolvió y ésta quedó como su única razón de ser. Es la experiencia que tenemos de él. Este fue el último jalón de su existencia y su ley de entrega a la causa que le habían confiado, que le conquistó el corazón de todos e hizo que la ciudad lo sintiera suyo, el mejor intérprete de su espíritu y el injerto transformador en su historia, grande entre los hijos grandes, con toda la fuerza humanizadora y divinizadora del Evangelio, en el carisma de los Salesianos de Don Bosco.

En cierta medida, sin que se pueda precisar con qué alcance, el P. Fernando fue una figura poco conocida en Colombia por fuera de estos dos ámbitos geográficos de su labor salesiana, Agua de Dios y Zapatoca. Lo que se puede explicar por su mimetización total con el entorno, con las necesidades en cuya solución se empeñaba costara lo que costara, con los anhelos y sentimientos de sus gentes, sus sufrimientos y sus esperanzas. En el encuentro con el grupo humano dejaba de pertenecerse y se convertía en la pertenencia del mismo. De modo que, cuando

tenía que apartarse de su conjunto, era en función de esta pertenencia y con la mente y el corazón puestos en el retorno más temprano que le fuera posible. Como si sólo existiera ese presente que ahora lo envolvía, se despojaba de su pasado, significación que expresa San Juan en el libro del Apocalipsis: *"Luego vi un cielo nuevo y una tierra nueva -porque el primer cielo y la primera tierra desaparecieron"* (XXI, 1).

A muchos de los que lo conocimos y compartimos con él como espectadores, colaboradores, beneficiarios, nos deslumbra hoy su recuerdo y nos maravilla su personalidad. Con todo, aun los que estuvimos más cerca de él en el esplendor de su trabajo descomunal y en su discurrir cotidiano tan sencillo y para nada ostentoso, sólo contamos con el tiempo inextinguible que él nos entregó, con apenas esos años tan plenos y totalizantes, sin que podamos decir que nos explicamos su personalidad, el impacto con que nos marcó como alguien fuera de serie, hasta hacernos sentir privilegiados por la relación que tuvo con nosotros y nosotros con él.

Cómo quisiera uno lograr definir el por qué de esa polarización tan notable y conmovedora en la persona del P. Fernando del recuerdo y agradecimiento de los antiguos alumnos del Salesiano de Zapatoca y el sentir de las gentes de ésta que, como lo han manifestado multitudinariamente en varias ocasiones y a años de su presencia visible, lo tienen como alguien muy grande, muy suyo y un hombre de Dios para su ciudad.

Yo escribí una breve semblanza de su vida cuando el Señor lo llamó a la eternidad. Habíamos vivido una enorme empatía desde cuando, a los pocos meses de ordenado yo, lo conocí en Agua de Dios a finales de 1956. Fui salesiano de la comunidad del colegio de Zapatoca durante 1963, año en que lo tuve como mi confesor. Dios me dio la gracia de acompañarlo personalmente en los dos períodos de grave enfermedad y de estar con él hasta su fallecimiento. Confidente suyo, estuve tan cerca de sus sufrimientos inmensos y de sus grandes sueños y esperanzas de su vida salesiana en la obra del colegio. Como testigo de su vida

escribí. Pero siempre con la sensación de que quedaba un vacío que no podía llenar y que se puede sintetizar en este interrogante: *¿Quién era el que nos vino de allende el mar?*

Nunca lo pude saber por él mismo. Comunicativo como fue conmigo, conservó su pasado como un secreto en esencia infranqueable, salvo pequeñas anécdotas y comentarios aislados y poco significativos. Jamás reveló por qué había optado por Colombia y, más en concreto, por Agua de Dios. Lo mismo que llegó apenas "con lo que tenía puesto" y una valijita que estaba llena de "desprovisión", atrás quedaba su tierra, su parentela, su historia. Así fue su arribada para vestirse de lo nuestro y encarnarse en nuestra realidad. Su credencial única: ser salesiano. Aquí se desplegaría como si hubiera nacido en este lar.

En nombre de todos sus admiradores y de su Zapatoaca adoptiva que simple y llanamente lo hizo y lo sintió su hijo, uno de los más importantes y significativos, no me resigné a que, de los 54 años de la corta parábola vital del P. Fernando, sólo 20, los entregados a Colombia, estuvieran en nuestro haber. La historia se nos había quedado trunca. Entonces no era historia. Rica y enriquecedora en muchísimos aspectos, la etapa colombiana, vivida con tanta grandeza, la de la relación con nosotros y que fue la final del P. Fernando, despertó en nuestra gratitud y en nuestra admiración el deber ineludible de contemplar la aurora previa al cenit y al ocaso que, en los colores más vivos, se nos quedaron para siempre en los ojos y en el corazón.

La peregrinación por su biografía me llevó a pretender buscar en su España nativa los lugares en que nació y en que transcurrió su infancia. Estaba el nombre sonoro de Quintanilla del Agua donde vino al mundo. ¿Habría familiares, testigos, coetáneos suyos con los que hubiera compartido juegos, escuela, sueños? Es la idealización de la infancia, como que no se puede renunciar a pensar en una etapa de despreocupada alegría y juegos por la que pensamos debe pasar todo niño para irse adentrando luego en las responsabilidades de la asunción de su

formación para irse convirtiendo en adulto. Sobre todo porque a Colombia nos llegó gigante.

Al llegar yo a España, la geografía se quedó muda. Las trashumaciones familiares a nuevos destinos y por ya largas décadas hicieron imposible no sólo los encuentros con la generación de la "primera hora"...¿quiénes vivirían?... sino aún con los que habrían podido oír algo de un ancestro lejano que algún día se desvaneció de España y se perdió en el Nuevo Mundo. Porque esa fue la realidad a que he hecho referencia y se descubrió cuando el P. Fernando se nos fue a la eternidad: había quemado las naves como el conquistador legendario y cortado toda comunicación con su pasado de nombres y de afectos para encarnarse con toda libertad y entrega en su nueva realidad, en el escenario geográfico y humano en que nosotros estamos, en Colombia, en dos sitios muy concretos: Agua de Dios y Zapatoca.

"Medio siglo después" ...varios compañeros le salieron al encuentro" ...

Los volvió a reunir su nombre. Fue toda una reunión de amigos coetáneos. Habían vivido juntos experiencias muy fuertes. Se habían separado cincuenta años antes. Supieron apenas y con sorpresa, en ese entonces, que el compañero Fernando se marchaba al nuevo mundo... a misiones allende el mar. Y no volvieron a saber más. Aquí se estableció un silencio total sobre un pasado reciente que se fue haciendo remoto. Allá, sobre dicho pasado tal vez se prefería un silencio recatado.

Al llegar a Madrid yo llevaba en el corazón su imagen viva y persistente. Teniendo que descartar los sitios de infancia y niñez: ¿a quién dirigirse en ellos si ni siquiera había podido hacer un contacto previo? Realicé, entonces, algunas indagaciones en archivos pero resultaron inútiles. Fuera de la ficha anagráfica y de un lacónico "pasó a la Inspectoría Salesiana de Colombia 1, Bogotá, Agua de Dios en 1952", no había nada. Como si el P. Fernando hubiera borrado sus huellas. Otros ar-

chivos habían ardidado y la historia que albergaban quedó reducida a cenizas.

Pero estaban los que, al nombre del P. Fernando, la historia olvidada en su memoria se les salió al corazón.

"Ha sido para mí una gracia de Dios el volver a recordar a Don Fernando Ortega, -me escribió el P. Emilio Alonso, de notable trayectoria salesiana en España-. Éramos muy buenos amigos por ser paisanos". Así quedé envuelto en "la geografía humana". Nos encontramos, de lado y lado, con el P. Fernando. Con el P. Emilio, Fernando había compartido el paisaje de la infancia y la niñez: sus pueblos eran vecinos, separados apenas por unos pocos kilómetros. "Congeniábamos en carácter y en manera de pensar".

El P. Aniceto Orive se acreditó como compañero de niñez y, como nuestro protagonista, partió también a tierras lejanas: Cuba primero y, al sobrevenir allí la revolución castrista, se radicó en Bolivia hasta que retornó a España.

El P. Antonio Valenciano Polack, entonces seminarista salesiano, fue su compañero de estudios y también del primer ejercicio de apostolado entre los muchachos. El P. José Manuel del Bosque fue su alumno.

Desde tan diversas experiencias podía emerger la semblanza tan grande y fidedigna que emergió. No tuvieron que estrujar la memoria porque el afecto se desbordó en borbotones de recuerdos. El hoy volvió al ayer de la vida con todo su sentido de pertenencia para compartir la visión de la existencia y sus acontecimientos que se habían vivido en común. Estalló por todos lados la camaradería alegre como aquellos años cuando creyeron juntos en la vida superando la cultura horrenda de la destrucción y de la muerte a través de la cual tuvieron que abrirse camino. Y, mucho más que entonces, cuando se vivía la relación individual con Fernando niño o joven seminarista o se emprendían entre dos las rutas hacia la adultez y el sacerdocio,

hoy era el grupo de la alegría madura, de la comprensión juiciosa y sosegada de lo que tanto valía la pena recordar. Los cuatro fueron cinco con el P. Fernando y me acogieron para que fuéramos seis para hablar de él y con él de la etapa anterior a Colombia y abrir las páginas ya escritas que siempre nos intrigan y que hacían falta para que se pudiera decir que la biografía que culminó en Colombia se pudiera entender en esa relación con las ya varias generaciones para quienes su memoria sigue siendo un hermoso y formidable presente aunque nos haya dejado para marcharse a la eternidad hace tres décadas, como hace cinco se marchó de España para sentar sus reales en estas tierras que se volvieron suyas.

En Quintanilla del Agua, de la Provincia de Burgos...

... nació Fernando, el 4° de los 12 hijos de Valentín, agricultor y de María, ama de casa. Era el 19 de agosto de 1917, cuando Europa llevaba tres años de la llamada "primera guerra mundial". En escolaridad y en ingresos eran campesinos de nivel promedio.

Pasó su niñez y entró en la adolescencia en la rutina de la vida rural: educación acendradamente cristiana en su hogar, estudios primarios en la escuela pública y reclutamiento temprano al quehacer agrícola paterno y de tradición familiar. No se tienen más detalles de los 13 primeros años de su vida. Sólo que, al poco tiempo de nacer, la familia se trasladó al pueblito de Retuerta, en busca de mejores condiciones. Es dable imaginar que, por ser tan numerosos y por el impacto inevitable de la catástrofe bélica, la familia estaría apenas en cotas de supervivencia.

Fue, como se evidencia, un ambiente de austeridad y hasta de privaciones. Pero todo vivido en el amor y unión de la familia y con la sana alegría y tranquilidad que les brindaba a los hijos numerosos la entrega y audacia de sus padres para sacarlos adelante. Pero Valentín, su papá, murió trágicamente en un accidente cuya fecha no se pudo precisar: un vacío enorme y aumento de penurias.

Con todo, es la guerra como ambiente y "cultura" de muerte y de incertidumbre la que se cierne como atmósfera en la vida incipiente de Fernando. No se sentía "en vivo y en directo" como se presencia hoy la capacidad de destrucción humana. En el campo "lejano" él no había escuchado el estampido de los cañones ni el fragor de los bombardeos ni de las noticias radiales. Tampoco tuvo que presenciar los desfiles de tropas que fueran al combate o regresaran del mismo fuertemente maltrechas y diezmadas. Pero ni España ni sus rincones se podían sustraer a los aires de la Gran Guerra que se cernieron por doquier.

La personalidad emergente de Fernando y su afirmación adulta estuvieron marcadas por la guerra. Fueron tres las que envolvieron su vida: las dos hecatombes europeas con repercusiones mundiales y, en medio de aquéllas, la guerra civil española. Qué arduo entrar e incorporarse a la historia para ser portador de la esperanza y del amor por los demás cuando la cuna social ha sido pródiga en valores de aplastamiento, prepotencia, olvido y relegamiento de Dios.

Cerca de Retuerta había un oasis conventual que Fernando frecuentaba: el Monasterio de Santo Domingo de Silos donde era monje un tío suyo, el Padre Saturio. Muy probablemente la preocupación por el futuro de Fernando, que ya veía agotarse las posibilidades de más grados de promoción escolar en la escuela pública lugareña, iba siendo objeto de conversaciones frecuentes entre los dos. El chico tendría las indicaciones afectuosas y acertadas de su tío como un verdadero oráculo. El Padre Saturio, en su experiencia y amplitud de visión, lo encaminó a los Salesianos. Muy de seguro la beatificación de Don Bosco por parte de Pío XI el 2 de junio de 1929, acontecimiento que fue primaveral para la Iglesia y llenó al mundo, especialmente al juvenil, de alegría y aire fresco, entró como factor preponderante y decisivo en esta conducción. Así llegamos a la etapa más iluminante sobre su personalidad, la vocación salesiana que nos lo trajo a Colombia.

Un gran salto cualitativo...

... fue el de su ingreso, el 29 de septiembre de 1930, al aspirantado salesiano, la casa de Paseo de Extremadura en Madrid, la capital de España. Con 13 años recién cumplidos y la escuela primaria, su bagaje de tradición campesina, su capacidad de trabajo y una enorme curiosidad por lo salesiano, de la aldea se transfirió a la gran metrópoli para internarse en un colegio "grande", con un centenar de alumnos, lejos de su hogar y familia y de todo el escenario de su infancia. Muchas debieron ser las dificultades para su adaptación a una novedad tan radical. Y surgirían otras, desestabilizantes y amenazadoras, por los procesos políticos que se iban gestando y que se presentarían muy pronto.

Eran 4 años para cursar las humanidades con gran énfasis en el Latín, que se exigían antes de entrar al noviciado. Fernando estudiaba con ahínco. Adquirió el empeño personal del cultivo intelectual que lo distinguiría siempre. Su compañero, el P. Aniceto Orive, lo describe como "un chico empeñoso e insistente: sabía lo que quería y lo lograba. Nunca midió dificultades para el trabajo: parecía incansable y de una responsabilidad a toda prueba".

Estos primeros años de formación salesiana se realizaron con la zozobra creciente que ya por los finales del año 1930 producía un clima antimonárquico, anticlerical y revolucionario que llevaría al estallido de la guerra civil española en 1936. Para los jóvenes seminaristas salesianos todo esto sería una prueba de fuego. En la primavera de 1931 se proclamó en Madrid la Segunda República, de signo antirreligioso, anárquico y revanchista. En Mayo se desencadenó la persecución contra los religiosos: quema de conventos e iglesias. El aspirantado no fue la excepción: fue asaltado por una turba energúmena. Las clases se interrumpieron y durante más de dos horas se buscó impedir la entrada de los asaltantes. La llegada de las fuerzas del orden impidió la quema. Pero quedó la experiencia del peligro inminente por lo cual los directivos decidieron concluir el curso y

mandar a los aspirantes a sus casas. Fernando volvió a Retuerta con su familia.

Pasado el verano, los Superiores volvieron a convocar a los aspirantes. Las dos terceras partes no regresaron. Fernando fue de los que volvió resuelto a seguir su vocación salesiana. Superaba la gran prueba y estaba dispuesto a todo. En julio de 1934 pasó al noviciado en Mohernando, provincia de Guadalajara. Admitido a la profesión religiosa salesiana hizo sus votos el 14 de julio de 1935 "hasta el servicio militar" y en la misma casa de formación inició su postnoviciado con el primer curso de Filosofía.

El pozo de fuego

Tomo el título de la imagen bíblica del horno al que son arrojados los tres israelitas fieles. La incipiente vida religiosa de Fernando se vio muy pronto envuelta en llamas. *"Viene ahora otra etapa aún más turbulenta sin la cual no se entendería ni se valoraría la vida de Don Fernando: los tres años de guerra en la zona comunista en la que le tocó vivir. Fueron años de anticlericalismo, de persecución, de checas, de cárcel de hambre y enfermedades"*, comenta el P. Emilio Alonso, quien, además de sus recuerdos personales, logró recopilar testimonios de un testigo presencial en aquel período.

Y continúa citando al historiador inglés Hugh Thomas, quien dice de esa época: "En ningún momento de la historia de Europa y quizá incluso en el mundo, se ha manifestado un odio tan apasionado contra la religión y todas sus obras".

Así llegamos a un umbral que tenemos que franquear con un respeto infinito por todo su sabor de tragedia, que cinceló dolorosamente el perfil salesiano y apostólico del P. Fernando, tal como lo hemos conocido y admirado, como nos beneficiamos de su vida y obras y que nunca antes habíamos podido imaginar porque todo estaba oculto bajo la sonrisa ruda y amable de quien llegó a nuestra patria como si viniera de un remanso

de aguas mansas y con la sencillez de alguien común y corriente, cuando, en realidad, sólo personas de gran temple pudieron sobreponerse a pruebas tan difíciles y aniquiladoras.

Prefiero citar literalmente lo que le testimonió al P. Emilio Alonso un testigo presencial que estaba con Fernando, entonces seminarista profeso, en la casa salesiana de Mohernando cuando empezó el via crucis:

Guadalajara es la capital de nuestra provincia, de la que dista Mohernando 20 km. Esta capital, entonces con unos 20.000 habitantes, se sublevó contra el Gobierno de la República que la reconquistó a los 4 días. Desde Mohernando pudimos seguir la lucha pues hasta aquí llegaba el estampido de los cañonazos y se divisaban las humaredas de los incendios. La resistencia concluyó el 22 de julio.

Al día siguiente 23, terminábamos por la mañana los Ejercicios Espirituales con la profesión de 15 novicios. Los votos los tomó el Sr. Inspector D. Felipe Alcántara, quien providencialmente estuvo con nosotros los primeros meses de la revolución. Aunque en la homilía nos dio ánimos, todos presentíamos que la tragedia se nos venía encima. Y así fue.

Ese mismo día, a eso de media tarde, irrumpieron violentamente en la casa unos 30 revolucionarios bien armados, amenazando con sus armas y ordenando a grandes voces: "Manos arriba y que nadie se mueva". Los clérigos, entre ellos Don Fernando, estábamos aún vestidos de sotana. Venían a buscar armas pues era voz común en el populacho que los conventos estaban llenos de armas.

Nos cachearon a todos individualmente, registraron las dependencias de la casa minuciosamente durante tres horas, pero no aparecieron más armas que las dos escopetas que legalmente teníamos y que les entregamos.

Al conseguir las dos escopetas se calmaron, sin que hubiese en las tres horas momento alguno en que amenazasen de muerte al grupo. Por fin se fueron, prometiendo volver, cosa que esos mismos no hicieron.

Al día siguiente 24 de julio, ya de noche, vinieron las autoridades del pueblo a pedirnos el favor de que abandonásemos la casa esa

misma noche, pues se habían enterado de que otro grupo de mineros anarquistas venían a asaltar nuestra casa y que no querían sangre en el pueblo.

Al día siguiente 25, fiesta de Santiago Apóstol, abandonamos la casa, llevándonos de la despensa cuanto pudimos y acampamos en la margen izquierda del río Henares, distante de nuestra casa unos 5 km, sin rumbo fijo.

Allí estuvimos tres días a la intemperie hasta que un grupo de milicianos de un pueblo cercano nos encontró y llevó a la capital de Guadalajara, donde la turba, al ver a los noventa "frailes" ante el palacio del Gobernador, pedía a voces, entre insultos y blasfemias, que nos mataran. Esa misma tarde mataron a un sacerdote novicio.

El Gobernador dijo que por no haber sitio en la cárcel, volviésemos a nuestra casa de Noviciado, pero ya en calidad de presos. Y en esas condiciones pasamos una semana. A los 4 días de la semana irrumpió otro grupo de revolucionarios en nuestra casa, cuando estábamos comiendo. Sacaron una lista, leyeron seis nombres, que correspondían a los seis jóvenes salesianos que debían ingresar en el servicio militar y se los llevaron junto con el director de la comunidad Don Miguel Lasaga, a la cárcel de Guadalajara. A los cinco meses los siete fueron fusilados en la misma cárcel. Sus nombres están en la lista de los beatificables por martirio.

Y el día 3 de agosto se presentó otro grupo de anarquistas que venía con la intención de acabar con todos y saquear nuestra casa y finca. Y ¡oh providencia de Dios!, al frente de aquellos desalmados venía un antiguo alumno del Sr. Inspector. Se conocieron, disimularon y prometió hacer cuanto pudiese para salvarnos. Sí, saquearon casa y granja, comieron con nosotros y después nos llevaron a Madrid a la Dirección General de Seguridad para que se hiciese cargo de nosotros. Por la noche ingresamos todos en la cárcel. Unos de los 90 que entraron en la cárcel era Don Fernando Ortega.

Pero no fue uno los 8 sacrificados de la casa de Mohernando, cuya causa de martirio está entre los 42 de la Inspectoría de Madrid, muertos todos por odio a la fe católica. Fernando estuvo 8 meses en la cárcel. Alguien atestigua que fue juzgado por un tribunal popular que lo puso en libertad. El P. Aniceto Orive,

quien fue a parar a la cárcel con Fernando y da cuenta del hacinamiento, privaciones y hambre que tuvieron que padecer, dice que "un antiguo alumno salesiano de Chile, Bobby Degianet, los logró sacar de la cárcel y llevar a un edificio de la legación de El Salvador, que estaba bajo la protección de la bandera chilena. Eso porque El Salvador había reconocido a Franco y necesitaba respaldo de un país más fuerte. Allí el P. Aniceto y el P. Fernando estuvieron durante tres años, con otros 147 refugiados, hasta terminar la guerra: encierro inevitable, privaciones, dificultades de todo género pero salvaron la vida". Estamos, aproximadamente, a finales de marzo de 1939.

"Todos estos acontecimientos de guerras y revoluciones, concluye el primer cronista, nos dejaron a todos traumatizados y, a Don Fernando Ortega, además, tuberculoso". Fue la consecuencia de las privaciones y, sobre todo, del hambre padecida. Menudo comienzo de su vida religiosa salesiana: una fragua en que, a punta de martillo y yunque, se modeló su personalidad: de verdad que se puede reconocer como martirio cruento aunque no hubiera perdido la vida en la hecatombe en que estuvo sumergida su patria.

Tuvo que internarse en el Sanatorio de Santa Teresa en Ávila en busca de terapia pulmonar. Lo mismo que en el largo encierro de refugiado, como en este último lugar se prodigó en toda clase de servicios para los que compartían con él el reclusorio. Su estado de salud no dejaba de ser alarmante. Pero se olvidaba de sí mismo para ayudar a los otros enfermos. "Estuvo aquí con verdadero espíritu cristiano cuidando a los enfermos y prestándoles todos los cuidados que, por no tener enfermeros, necesitábamos de él", atestigua Sor Campoy, una de las Hijas de la Caridad que atendían en el sanatorio. ¿Preludio de actitudes suyas de olvido de sí mismo para servir a los necesitados y servicio pronto, generoso y eficiente, que hemos conocido y admirado?

Por su parte, la Hermana María del Carmen le escribía al P. Felipe Alcántara: "Su comportamiento no ha podido ser mejor,

demostrando en todo momento su espíritu religioso en los buenos ejemplos que ha dado a los amigos que de verdad aquí deja".

No salió curado. Toda la vida estaría baldado por la grave dolencia pulmonar. Tampoco era mucho lo que se cuidaba. En algún momento le hicieron la llamada "plastia" que era el tratamiento que mejor resultado daba en aquellos tiempos: se le secaba o inutilizaba el pulmón infectado de bacilos. Así que quedó con un solo pulmón. Él no le daba importancia a su enfermedad y siempre haría vida normal, sin excepciones, eso sí cargada de los excesos de su entrega al trabajo y a los demás.

Con todo, sublimó espiritualmente su dolencia que era considerada como la peor. A un compañero que lo visitó en una enfermería de casa salesiana en un momento en que tuvo que guardar cama, le dijo entre charla y charla, "que consideraba la enfermedad como una gracia especial de Dios, pues era la enfermedad de los grandes santos y me nombró varios de ellos de los que sólo recuerdo a Don Andrés Beltrami".

Su capacidad de servicio demostró siempre su gran espíritu de donación y entrega, eso sí, "sin darse a conocer". Siempre será uno de los rasgos más definitorios de su personalidad. Había salido "templado" de la gran prueba del horno ardiente.

Reconstruir la vida

Apenas había terminado Fernando su primer año de Filosofía cuando los acontecimientos de persecución religiosa interrumpieron su formación regular. Ahora, terminada la guerra, había que reconstruirlo todo: quedaban tantos vacíos, mucho en ruinas, familias destrozadas, una patria dividida y arrasada, personas "desbaratadas", empezando por él mismo. Había que rehacer la vida. Se puso a la tarea con la reopción clara, decidida y firme de "quedarse con Don Bosco".

Carabanchel y Mohernando fueron sus puntos de retorno: ejercicios espirituales, la profesión religiosa y a navegar de nuevo

en los mares salesianos. También volvió a encontrarse con su familia, luego de 8 años de no verla: pasó con ellos parte del verano y hasta acompañó unos días al P. Saturio en su Monasterio de Silos. Con el ambiente familiar se refociló el espíritu.

Había que recuperar el tiempo perdido: en su formación personal retornando a los libros para terminar los estudios truncados de Filosofía y alternando con la asistencia formativa de los aspirantes a la vida salesiana: generación juvenil zarandeada y hasta desorientada con todas las dificultades que entrañaba su encaminamiento vocacional. Por las circunstancias de la guerra, eran muy heterogéneos en edad, proveniencia familiar, conocimientos: tarea ardua y laboriosa y hasta desproporcionada para un convaleciente en el espíritu y en el cuerpo y que necesitaba de muchos cuidados y reposo. Nada más contrario a su talante: por encima de toda fatiga, "trabajó como un burro, desviéndose por los aspirantes y procurando atender a todas las necesidades que no podían ser cubiertas, por ejemplo, balones de fútbol y otras cosas", comenta el P. Antonio Valenciano, quien era su compañero de faena y testigo presencial.

El P. José Manuel del Bosque completa más este panorama personal de Fernando: "Era serio, reservado y exigente. Con el curso llegó a una amistad íntima. Lo querían, le tenían una inmensa confianza y hasta le jugaban bromas pesadas como cuando lo tiraron a un zarzal". (¿Reacción inusitada de una generación juvenil traumatizada?...podríamos comentar).

"Tenía un celo inmenso por los aspirantes y bregaba por todos los medios por atenuar el hambre que padecían. Él mismo contrajo la enfermedad pulmonar que lo aquejó toda su vida, por pura hambre. A los aspirantes los defendía en todo, les toleraba, pero, al mismo tiempo, se preocupaba por formarlos salesianamente. Si no hubiera sido por él, nos hubieran mandado a todos a la casa".

Cuando dicho grupo había pasado al noviciado y Fernando les llegó por sorpresa como asistente, fue la algazara y la fiesta. Lo

recibieron como un compañero más. "Su trato, amistad y solidaridad nos disimulaban el hambre que pasábamos y nos dieron aliento para terminar el noviciado y seguir adelante. Él fue el principal fautor de la permanencia y perseverancia de los novicios". La fraternidad hace milagros: así son los de Jesús en el Evangelio. "*Tengo lástima de la multitud*". Compartía.

Fue el perfil salesiano de Fernando al emerger de la guerra: un gigante de caridad, solidaridad, empatía, de entrega total de la vida que no le habían quitado para que él fuera quien la diera encarnando el heroísmo de la salesianidad.

Valga sintetizar estos trazos en una afirmación con que su compañero, el P. Antonio Valenciano, enriquece su evocación de Fernando de muchas décadas antes: "Dicen que no hay hombre grande para su ayuda de cámara. Pero en nuestro caso ha sido lo contrario, pues cada vez lo he admirado más por su inteligencia, celo, espíritu salesiano y de sacrificio: nunca pensó en sí sino en los demás".

Misión más que cumplida

Tiempo muy breve pero realizó la tarea descomunal en la historia salesiana de España de tender puentes entre el pasado ominoso y el amanecer promisorio de la paz. Y los cruzó, no solo, sino con el grupo vocinglero de vocaciones jóvenes, "signos y portadores" hacia el futuro, de la alegría, la esperanza y el amor. Pagó muchísimo de sí mismo pero siguió adelante.

Le afanaba la meta de su ideal sacerdotal. Tenía que consagrarle tiempo y se lo dedicó durante los años de estudios profundos y preparación inmediata a la recepción de las órdenes sagradas: un período de verdadera decantación espiritual del getsemani vivido con tanta intensidad y de la búsqueda de la voluntad divina para el tiempo por venir en el sentido profundo de la agonía-oración de Jesús: "*Que no sea mi voluntad sino la tuya*". Eran los grandes interrogantes que surgían de manera inevitable del ha-

ber podido salir vivo de la hecatombe, un angustioso preguntarse ¿para qué la vida?

No es mucho lo que se sabe de los cuatro años de preparación teológica que inició en Carabanchel en octubre de 1942. De seguro, eran no pocas las privaciones que aún había que superar mientras España se reponía de su tragedia civil. Fernando, lisiado como había quedado, tenía que lidiar con su enfermedad, grave como ya se ha visto y es de suponer que en el campo de la salud y sus servicios también había escasez.

El P. Aniceto Orive habla de él dentro del grupo de los que pudieron iniciar esa etapa tan importante para quienes aspiraban al sacerdocio: fue el curso de "los viginti" (los veinte) que "sobresalían por su interés en el estudio y en la formación". A la zozobra en que los había envuelto la guerra y los temores de no poder llegar, respondieron con el mejor de los compromisos en redescubrir su vida religiosa salesiana en toda su espiritualidad, siguiendo fielmente a Don Bosco y preparándose para ser pastores en la sed del "*Da mihi animas*" como motivación suprema. Había que superar no sólo el tiempo perdido en cuanto a su formación religiosa salesiana y el alcance de sus metas sino superarse en cuanto a las huellas destructoras que había dejado en sus personas la tragedia por la que habían tenido que pasar. Ser el grupo que eran se convertía en ayuda y terapia muy intensas.

Fernando era discípulo aprovechado. Valoraba el tiempo y el estudio que tenía a su disposición. Recuerdan quienes fueron compañeros de estudiantado que intervenía en todas las "cuestiones teológicas" que se suscitaban en el aula. Sobresalía en su interés por la Liturgia, campo en el que era versadísimo y hasta el profesor lo consideraba una "autoridad" en el conocimiento de la misma y no se atrevía a contradecir sus afirmaciones, sólidas por bien fundamentadas. Hasta no faltó quien afirmara que sabía más que el profesor. Como era tan vehemente y locuaz, la "opinión pública" de sus compañeros, lo retrató transformando

el conocido refrán "el que calla otorga" en una simpática referencia a su persona: "el que no calla, Ortega".

Esta exuberancia y el carácter extrovertido que lo tipificaba no lo hacían comunicativo de sus asuntos personales. Ni ahora ni luego hizo alusión a las penurias padecidas ni a las huellas que le había dejado su grave enfermedad. Lo escondió siempre en su actitud de alegría, desenfado y despreocupación aparente. Actitud ésta que celaba un espíritu ascético muy hondo y una sensibilidad muy intensa que hacia los demás florecía en una "ruda ternura" como algún amigo suyo la definiría tiempos luego en el campo de su trabajo y relaciones en Colombia.

Su compañero de camino desde la infancia, el P. Emilio Alonso, testigo fiel de lo que era Fernando, traza de él este perfil tan significativo y diciente:

Muy trabajador, hasta con exceso. De voz muy potente y parleró. Sencillo, alegre y optimista.
Espontáneo y un tanto ingenuo.
Muy, muy piadoso. Su porte en la capilla era edificante. Le gustaban mucho las ceremonias a las que se ofrecía siempre. Me parece verle aún haciendo el via crucis en la capilla.
Siempre estaba en cargos de confianza de los Superiores.

Luego de dos años de maduración de su ideal sacerdotal salesiano y de haber recibido la tonsura y primeras órdenes menores, el 18 de marzo de 1944 hizo petición escrita a su director, P. Juan Castaño, "para rogarle tramite cerca de los Superiores, mi más viva petición de ser admitido a la emisión de los votos perpetuos". Y el 24 de junio siguiente le entregaba a la Congregación los ideales alimentados desde niño y la vida que le había quedado después de tantas pruebas y sufrimientos, la reciedumbre de sus convicciones y su capacidad de compromiso con las metas apostólicas de la vida salesiana.

Continuó escalando los peldaños de las órdenes menores y mayores y el 15 de junio de 1946 recibió con sus compañeros, los

"viginti", la ordenación sacerdotal con la imposición de las manos del Patriarca de Madrid, Mgr. Leopoldo Eijo: había, por fin, subido "*al altar de Dios, alegría de su juventud*", como dice el salmo. (XLII,49)

No quedaron recuerdos de esa fiesta que, dada la religiosidad de la familia y las expectativas crecientes de la fecha ardientemente deseada por todos, luego de superar montañas de dificultades y los riesgos de exterminio de la vida, tuvo que ser desbordante, aun en lo externo. Sólo encontré una alusión en una carta posterior que le enviaron al P. Fernando a su nueva tierra colombiana y que permite imaginar la reunión familiar calidísima, alegre, rebosante alrededor del misacantano. Eran todos y cada uno los que sentían que llegaban, con su Fernando, al altar del Señor.

Qué no imaginar del mar de sentimientos, alegrías, vibración espiritual del neosacerdote: su meta la había sentido tan lejana por los acontecimientos vividos, por los afanes de muerte en las persecuciones y la enfermedad y la había luchado sobreponiéndose a todo lo externo y a las debilidades en sí mismo y en una estructura salesiana que había tenido que resurgir desde su propia fragilidad. Pero ahí estaba él, acariciando el don que Dios le otorgaba por su liberalidad infinita y como respuesta a la porfía de quien había luchado por crecer salesianamente y conseguir, por encima de todo cansancio, las metas que había empezado a sentir suyas desde su niñez en el encaminamiento salesiano por parte de su tío monje, el P. Saturio.

En la patena del ofertorio de sus primeras misas sintió el peso de la ofrenda de los años y acontecimientos vividos con tanta percepción de camino al calvario y sintió en su boca, quizás más que nadie, el sabor de lo tan suyo y tan de Jesús, al pronunciar las palabras que le salían de lo más profundo de su ser y de su fe: "*Esto es mi cuerpo...este es el cáliz de mi sangre*": empezaba a vivir y actuar "*in persona Christi*". (Personificando a Cristo).

Con la ordenación sacerdotal su vida entraba en una dimensión radicalmente nueva: y el P. Fernando la asumía, ya en la reali-

dad, como su opción personal. Ostentó siempre una conciencia sacerdotal muy profunda. Día a día se iría identificando más y más con su nueva identidad, venida del cielo y de la tierra. Los festejos familiares no lo iban a distraer. Estuvo inmerso entre los suyos, en su ambiente, como uno de los encuentros más intensos de su vida y, al mismo tiempo, con un gran carácter de desprendimiento. Les entregó, con su presencia, a su mamá, doña María, a la memoria de don Valentín, su papá, ya en el cielo, a sus hermanos y familia amplia esas primicias y alegrías de su sacerdocio, para replegarse luego a su compromiso con su misión sacerdotal salesiana.

Un sexenio de novedades añejas

En casas de formación, primero con aspirantes salesianos y a lo último con estudiantes de Teología, en Madrid Extremadura, Arévalo y Carabanchel, se estrenó en la responsabilidad de "prefecto", como se llamaba entonces el trabajo del administrador económico. En apariencia una actividad poco relacionada con la del "formador" propiamente dicho. Tanto más que es tan fácil que las incumbencias materiales suelen absorber en demasía, tanto más cuanto se trataba de reconstruir casas y asegurar el mantenimiento de las mismas, el sustento y bienestar de sus habitantes. El Concilio Vaticano II les pide a los laicos encargarse de la "animación de las cosas temporales".

La responsabilidad de "prefecto" como que imprimió carácter en la vida sacerdotal del P. Fernando pues, salvo períodos muy cortos de los poquísimos años en que fue director, constituyó la dimensión "apostólica" del cuarto de siglo de su vida sacerdotal.

Los testimonios sobre ese período de su "nacimiento y crecimiento" sacerdotal salesiano convergen en señalarlo como un gran formador: algunas clases, aunque la docencia no era su fuerte pero, sobre todo, el ejemplo formidable de su amor a la Congregación y su capacidad sin medida de fraternidad y de servicio. Sus virtudes de altruismo ya tan acendrado en sus años

jóvenes, la conjugación de su vida para el servicio por encima de cualquier sacrificio, se crecieron y volvieron nuevas en creatividad con su sacerdocio. El vino de calidad óptima como el del milagro en Caná de Galilea. El ejercicio de la autoridad religiosa en el campo económico fue su instrumento de apostolado en el sentido más estricto de la palabra. Fue de verdad un "maestro de vida salesiana" en práctica de la más fina, delicada y escondida caridad fraterna. No en vano se había preparado en la persecución, en el sanatorio para tuberculosos y en los años en que tuvo que formarse entre los escombros dejados por la guerra a encarnar ese perfil de donación de sí mismo... hasta la vida que Dios le había preservado, ahora unida al misterio pascual de Jesús: pasión, muerte y resurrección.

En este sexenio el P. Fernando vivió un gran proceso de autoformación "en la acción apostólica" y el cumplimiento de la misión. Esto es clave en la vida salesiana. Como Don Bosco, luego de su ordenación, se internó en el Convictorio Eclesiástico dirigido por San José Cafaso para "aprender a ser sacerdote", el P. Fernando hizo lo mismo en esta media docena de años. Fueron los del afianzamiento de su personalidad sacerdotal salesiana y los de las decisiones radicales. Literalmente desapareció de entre los suyos para venirse de un momento a otro a Agua de Dios. Pero no fue algo improvisado sino fruto de una larga gestación, envuelta en la oración, el discernimiento vocacional y el "fiat" de compromiso con la voluntad divina.

El lazareto de Agua De Dios...

...es el capítulo nuevo que empieza a escribir en las páginas de su vida y de su fidelidad, en el libro de la Congregación Salesiana y en el corazón de mucha gente, la de los terruños colombianos que hacía suyos.

Fue a finales de 1952: en la pauta que el Señor Jesús trazó para los discípulos que enviaba en misión, se puso a navegar sin "bolsa, ni alforja, ni sandalias y sin saludar a nadie en el camino"

(Lc.X,4). Salió de sorpresa de entre los suyos y llegó de sorpresa entre nosotros. Su haber era sólo él. Las manos vacías pero un pasado riquísimo que hemos podido abordar y conocer y que nos traía con toda generosidad.

¿Por qué se vino y por qué escogió el lazareto como puerto definitivo? Es claro que estas motivaciones cuentan mucho para nosotros. Con certeza, se abrieron y maduraron en el sexenio primero de su vida sacerdotal, como en los versos del himno eucarístico de José María Pemán: "Venimos con las flores de un deseo para que nos las trueques en frutos de verdad". Pero las raíces hay que buscarlas antes.

Un compañero suyo, Andrés Sanz afirma que "desde el noviciado quería ir a las misiones de América. Y en la guerra prometió, que si quedaba con vida, iría las misiones más difíciles de América".

El P. Antonio Valenciano asevera: "Según tengo entendido (él nunca hablaba de sus cosas), cuando estuvo tan mal de la tisis, hizo promesa de que si se curaba pediría ir con los leprosos".

De nuevo nos encontramos con la certeza de que vivió una conciencia muy clara de que Dios le "había preservado la vida" por una gracia muy especial y el P. Fernando resolvió "gastársela" por Él y por el Reino.

De seguro que se sorprendió en Cartagena de Indias, españolísima ciudad amurallada y con el sabor de la patria que había dejado, como si ésta lo hubiera seguido y se resistiera a que la abandonara. Lo mismo que el Castellano, en especial el de la capital y el altiplano que alberga a Bogotá, la capital, castizo como ninguno... y la religiosidad del medio ambiente, el sentido de Iglesia, el dolor que tanto había conocido pero ahora con la faceta de los cuerpos marcados por la enfermedad de Hansen, la tradición salesiana de seis décadas en el lazareto, la acogida cordial, tímida y llena de curiosidad y de esperanza por parte de los enfermos. Se sintió en casa.

No "tuvo" que aclimatarse. Ya venía aclimatado en su mente y en su corazón. Desde los inicios de 1953 quedó encargado de la parroquia, con el flamante título de "capellán". En seguida abrió sus alforjas y echó mano de su experiencia espiritual y de las vivencias de su pasado para entrar en el mundo del lazareto, dedicarse a los enfermos en sus casas y en los hospitales, empaparse de sudor y de las necesidades que rodeaban la enfermedad como pobreza y entregarse al ministerio de la predicación y de los sacramentos. En Agua de Dios aquellos tiempos eran los de la Misa tempranera en la hermosa "catedral" construida por salesianos antecesores de grata memoria y en los hospitales, cada uno de los cuales tenía su capilla que era como la parroquia de los mismos y de los alrededores. Agua de Dios estaba llena de capillas que fungían de centros parroquiales, unas 10 en que se prodigaba atención espiritual a los enfermos que, por su parte, tampoco se quedaban cortos en sus exigencias: las celebraciones eucarísticas cotidianas, novenas, 40 horas, las fiestas especiales, exequias, todas las ceremonias de Semana Santa, retiros y conferencias, entre otras cosas e incontables horas de confesiones. Hay que recordar muchas condiciones de invalidez que impedían o dificultaban sobremanera a los enfermos ir hasta la "catedral", teniendo en cuenta las mutilaciones, entumecimientos, semiparálisis y otras limitaciones que aquejaban a los afectados por la lepra, los rigores del clima y la escasez del transporte urbano y rural.

El P. Fernando captó de entrada la mar de necesidades espirituales y materiales en que navegaban los hansenianos y sus familiares. Difícil de definir todo esto. Quizás se pueda hacer una síntesis diciendo que se trataba de una acumulación generalizada de pobrezas de toda índole. Había no sólo que evitar que se hundieran en dicho piélago sino que bregar por elevar los niveles de vida espiritual y material. Mucho se había hecho en los tiempos pretéritos mediatos e inmediatos. Pero ahora se estaba en una época de transición en que al lazareto, roto el

aislamiento que había imperado por tantos años, entraban toda clase de personas y de valores e ideologías de una sociedad nacional que pujaba por "modernizarse". Agua de Dios quería gozar de la autonomía y autosolvencia de los municipios, reclamaba los derechos de ciudadanía y del voto de los que habían sido despojados sus moradores, se vislumbraba en algunos, especialmente jóvenes, el afán de capacitaciones profesionales nuevas que iban apareciendo con el proceso de crecimiento de las ciudades y la transformación de la sociedad que con gran velocidad se iba despojando de su cultura tradicional rural para convertirse en nación de ciudades. Simple y llanamente, el lazareto quería dejar de ser tal para llegar a ser "ciudad". En la pedagogía salesiana y en la concepción de la Asistencia Salesiana, eran aspiraciones y movimientos que había que acompañar y liderar.

Para el cuatrienio que se inició en 1954, el P. Fernando fue nombrado Director de la comunidad salesiana del lazareto, un puñado de media docena de salesianos llenos de experiencia, méritos y un notable espíritu sacerdotal y apostólico, casi todos veteranos en el trabajo de implantación y desarrollo del Carisma Salesiano entre los enfermos. Una responsabilidad inmensa que se añadía a la que ya tenía como Capellán. No serían años fáciles para un novato como él en un ambiente de tantas veteranías. No sólo se trataría de coordinar acciones sino de hacer crecer la comunidad en su fidelidad religiosa y apostólica. Era una responsabilidad muy grande, ya que era el menor de todos en edad.

El trabajo era desbordante en lo pastoral: habitualmente cada sacerdote celebraba dos Misas diarias y tres los domingos y días de fiesta. La atención sacramental a los enfermos graves era una obligación muy frecuente a cualquier hora del día o de la noche. El P. Fernando procuraba asumir la mayor parte de estos casos para aliviar de esta carga a sus cohermanos, en especial en las horas de descanso nocturno. Dadas las condiciones de la medicina en aquel entonces, en ciertos períodos se multi-

plicaban las gravedades y las muertes. Todos los deudos pedían entierros solemnes. En ocasiones eran varios por día. Nada reposadas, pues, las tareas ministeriales.

Una dimensión muy delicada era la atención espiritual a las dos congregaciones de religiosas existentes en el lazareto: las Hermanas de la Presentación llegadas al Agua de Dios seis décadas antes y que desarrollaban importantísimas tareas en la administración de los hospitales y cuidado de los enfermos, lo mismo que en la educación escolar de las niñas; y las Hijas de los Sagrados Corazones de Jesús y de María fundadas por el hoy Beato Luis Variara y en esa época entregadas a obras educativas para niños. En el caso de estas últimas estaba el hecho de la constitución especial de la comunidad compuesta por religiosas enfermas de lepra y sanas, estatuto muy especial y único en la historia de la Iglesia y que, como es obvio, requería una atención pastoral muy propia.

Los confesores, según el Derecho Canónico, tenían que ser nombrados por el obispo, con pautas muy estrictas con respecto a la edad, preparación y varias otras condiciones. Al P. Fernando le correspondió desempeñar esa obligación ministerial tan empeñativa, ya que las dos comunidades eran relativamente numerosas y se prescribía la confesión semanal. La asumió con celo incansable y se distinguió por su fidelidad a este ministerio y se fue convirtiendo en un acertado director espiritual, muy apreciado por su prudencia, sabiduría y don de consejo.

Convencido, en su experiencia de salesiano, de la educación escolar como factor muy importante en el desarrollo de la personalidad e intuyendo necesidades de jóvenes que sentían que su horizonte de vida quedaba cerrado dentro del lazareto por falta de opciones, bregó por conseguir becas en instituciones secundarias y de educación superior de la capital para promover en estudios y posibilidades laborales a jóvenes que se veían prometedores, la mayor parte de los cuales pudo ubicarse de manera promisoria para ellos mismos y para brindar ayuda a sus familias.

Su interés por la promoción de la niñez y juventud dentro del lazareto lo llevó a desplegar un esfuerzo enorme para atender en lo material el vetusto y muy insuficiente Asilo de Las Mercedes que dirigían con tanta abnegación desde muchos años antes las Hermanas de la Presentación. Un poco fuera del conglomerado estrictamente urbano se edificó el que luego se llamó Internado Cardenal Crisanto Luque, nombre del primer Cardenal de Colombia y Arzobispo Primado. Luchó el P. Fernando por conseguir benefactores que aseguraran llevar a término la construcción. Y él mismo se decidió a dirigir y supervisar la construcción, consecución de materiales, etc. Dentro de su concepción radical de pobreza personal, la mayor parte de los viajes a la obra que distaba un par de kilómetros de la casa cural, los hizo a pie, en ocasiones hasta varias veces al día y sólo en ocasiones particulares recurrió al servicio de un taxi. Era habitual en él cuando se desplazaba a hospitales y domicilios para brindar su atención pastoral. Si se tiene en cuenta lo tórrido del clima, el sol inclemente y su salud resentida y con frecuencia achacada, no se puede no ver una enorme actitud ascética admirable, aunque no imitable; de todos modos, eran sus caminos de caridad fraternal para con los enfermos. Eran excesos ya señalados como rasgos peculiares en los años de su vida salesiana en España. En la fiesta de la Inmaculada, 8 de diciembre de 1957, las niñas se trasladaron del viejo caserón que las albergaba, con su reducido ajuarcito personal, a estrenar ambiente nuevo, un edificio esplendoroso y acogedor, comedores, toallas, sábanas, aulas y talleres... y una hermosa capilla.

El P. Fernando, a pesar de su modestia, no podía ocultar su alegría al coronar su obra. Hizo fiesta con un selecto grupo de invitados. Pero todo alrededor de las niñas que inauguraban una etapa nueva de su vida. Un poco más de medio siglo antes, Agua de Dios había mirado con asombro el surgimiento de una nueva familia religiosa fundada por el Beato Luis Variara y la inauguración del Oratorio-Asilo Miguel Unia para chicos desamparados, el 7 de mayo de 1905.

El benefactor más insigne fue el patricio antioqueño Don Guillermo Greiffenstein quien, con su señora, buscó ayudas en su tierra generosa y contribuyó enormemente también desde su patrimonio familiar.

El internado selló con broche de oro la estadía del P. Fernando en Agua de Dios. El camino recorrido no había sido expedito. Fueron muchas las dificultades que tuvo que superar para hacer el bien. Su carácter vivaz y su genio español, que a veces se le escapaba desbordando la gran bondad de su corazón y sentimientos, le ocasionaron sinsabores aun con sus cohermanos. Y un día le llegó la obediencia perentoria de dejar el lazareto. Lo invadió una tristeza infinita pues era la opción de su vida. Delicadamente y sin la mínima intención de objetar la obediencia religiosa como tal, *por intermedio mío*, se permitió pedirle al Inspector Provincial, P. Ángel Bianco, que se tuviera en cuenta que había venido a Colombia para trabajar en Agua de Dios entre los enfermos. No fui capaz de transmitirle la respuesta tajante del Superior, resultado ciertamente de la incomprensión y de poca apertura al diálogo, aspectos muy humanos e inteligibles de la vida: "Todos los que vinimos de fuera, lo hicimos por los lazaretos y nos ha tocado estar en otras incumbencias. Si no está dispuesto a obedecer, que se vuelva a España". El capítulo quedaba cerrado.

Hay en el archivo inspectorial un folio con datos factuales y algunos juicios de valor sobre el P. Fernando: se califican de buenas y óptimas sus virtudes externas de vida religiosa, tales como su piedad, disciplina, trato con los demás, en especial con los jóvenes, pobreza, obediencia, amor a la Congregación y curiosamente su salud es calificada de buena. En realidad, él tenía que soportar no pocos achaques y limitaciones pero bien sabemos que él se sobreponía a todo y pasaba por encima de sus sufrimientos para atender las necesidades de los demás. Actitud admirable pero no imitable. Pero era su ley personal de trabajo apostólico. Nada de esto fue tenido en cuenta para su de-

seo de continuar en Agua de Dios y tuvo más peso alguna observación sobre su "carácter nervioso".

Difícil evaluar dichos años y proyectar la imagen de este lustro de discernimiento y generosidad, de caridad silenciosa, humilde y oculta con que alivió tantas pobreza y de su desempeño en la pastoral del dolor y en el cultivo de la vida religiosa. Valga como ilustración sobre la huella honda que dejó en muchos, lo que un grupo de enfermos le escribió al Inspector Provincial P. Ángel Bianco, ante un infundio que alguien propaló sobre el P. Fernando: Se proponían "llevar ante Ud. nuestras voces de gratitud, admiración y respeto hacia nuestro noble y digno Capellán, R.P. Fernando Ortega; nos obligan sus grandes méritos y virtudes que tan digno apóstol de Jesucristo posee, ya que él ha consagrado en este lugar y en pro de los enfermos su juventud y su vida, poniéndolas al servicio de los habitantes de este leprocomio".

Siete meses luego, ante el traslado ya cumplido del P. Fernando, y con la esperanza de que sea algo temporal y no definitivo, atestiguan en una misiva: "Cumpliendo con un deber de reconocimiento y gratitud, nos permitimos presentar a S.R. la sincera manifestación de pesar por el retiro de este lugar del R.P. Fernando Ortega, incansable apóstol de caridad que dejó entre nosotros gran ejemplo de virtud y sacrificio y cuya ausencia lamentamos...".

Con este mismo motivo, el 30 de diciembre de 1957, desde el Ministerio de Salud Pública, escribía el Dr. Luis Plata Guarnizo, por entonces Director del Instituto de Investigaciones y Encargado de la Jefatura de la Sección Lepra: "Cuando fui informado de que el P. Fernando Ortega iba a ser trasladado de Agua de Dios a causa de su quebrantada salud y con el fin de que tuviera un descanso, no pude menos de alegrarme pues soy el primero en reconocer que el P. Ortega ha trabajado en exceso y que necesita un merecido descanso, pero supuse que su retiro sería transitorio... Al enterarme de que su retiro es definitivo, no he

podido menos de angustiarme al pensar en la suerte de las obras que tenemos planeadas, no porque desconfíe de quien haya de sucederlo, sino porque, como S.R. muy bien sabe, para poder culminar con éxito cualquier empresa, se necesita una cierta penetración espiritual entre sus ejecutores, cosa que no puede alcanzarse sino después de un período de estudio y tanteo mutuo".

Luego de alguna consideración de respeto por las decisiones del Inspector Provincial, continúa: "Pero quiero pedirle en nombre de Agua de Dios y en el mío propio que, si ello fuere posible, nos conserve allí al P. Ortega. Al hacer esta súplica, me hago vocero no solamente de este Ministerio, sino también de los enfermos de Agua de Dios quienes ya lloran angustiados el retiro de su padre y benefactor... Créame, Reverendo Padre, que le hablo con toda sinceridad y que tomé esta decisión ayer cuando me di cuenta de lo que el retiro del Párroco significa para los feligreses de Agua de Dios".

El P. Fernando había obedecido de inmediato y sin chistar. Su ideal de servir a los enfermos, motivo único de su venida a Colombia, quedaba frustrado. Salió del lazareto en horas de la madrugada, luego de celebrar su última Misa en la capillita de su querido internado y sin despedirse de nadie, pues no quería homenajes. Y nunca más volvería, ni siquiera de visita. Sólo guardó una sotana blanca... por si algún día la obediencia religiosa le permitía volver. Y, otra vez, con su breviario y una valijita pobre, muy pobre, colmada de "desprovisión", se volvió a poner en camino con la precipitud de los que, enviados por Jesús a anunciar el Reino, carentes de cualquier bien que les diera seguridad, sólo confiando en la palabra del Maestro, se fueron por pueblos y aldeas para anunciar la Buena Nueva.

En Zapatoca ...

...hermosa ciudad intermedia de muy noble ancestro y tradiciones patricias y con el Colegio Salesiano de Santo Tomás de

Aquino como "capital", el P. Fernando volvió a su tradicional cargo de "prefecto", instrumento de sus actitudes incansables de servicio, expresión de la solidaridad más exquisita con las necesidades que intuía, prevenía y buscaba solucionar siempre y cuanto antes, en especial cuando se trataba de pobrezas. Un poco aislada en las breñas santandereanas, Zapatoca guardaba su recato en distancia de horas por malas carreteras tanto de Bucaramanga, la capital del departamento, como de otras ciudades cabeceras de provincias. Ciudad llamada "levítica" por las numerosas e ilustres vocaciones sacerdotales y religiosas con que había enriquecido a la Iglesia y que remiten a sus preocupaciones educativas atávicas. Su hermoso templo parroquial y la capilla de Santa Bárbara presidían su ambiente espiritual y recogido de tiempos inmemoriales, con la musicalidad que había viajado hasta su recinto por el "camino de pianeros" de Lengerke. (Transportaban los pianos a lomo de hombre).

En su pobreza digna, mantuvo siempre sus puertas abiertas a los jóvenes que deseaban preparar su futuro en Zapatoca que tradicionalmente había sido rica en planteles educativos, los más importantes de los cuales regidos por comunidades religiosas educadoras. Cuando el P. Fernando hizo su arribo en enero de 1958, además de los colegios oficiales, estaba la Escuela Apostólica dirigida por el clero diocesano; las Hermanas de la Presentación y las Betlehemitas lideraban la educación de las niñas y el Colegio Santo Tomás era *salesiano* desde hacía 13 años. Dirigido durante 18 años desde su fundación en 1913 por la Orden Dominicana, había tenido luego rectorías de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, luego de los PP. Claretianos y por intervención del Obispo Auxiliar de Socorro y San Gil, Mons. Ángel María Ocampo, había sido aceptado por los Hijos de Don Bosco.

Durante su período como director iniciado en 1951, el P. Leonardo Mascagni soñó con reemplazar las edificaciones ya vetustas e incómodas en que funcionaba el colegio por un pala-

cio grandioso que hiciera honor a la pedagogía salesiana. Y puso también a soñar a los zapatocas. Movieron cielo y tierra para iniciar un proyecto espléndido contando con promesas de ayudas oficiales y la ilusión de la gente. Las crónicas escritas por el mismo P. Leonardo dan cuenta de los incumplimientos oficiales y de las dificultades grandes de financiación. Con todo, el empeño puesto logró sacar la gigantesca construcción adelante y, aunque fuera en obra negra, llenaba de orgullo a la ciudad.

Cuando inició su directorado en 1958 el P. Ildefonso Gil, salesiano de cualidades óptimas tanto en lo sacerdotal como en lo intelectual y pedagógico, escribe en el libro de crónicas:

Inspeccionamos los tramos en construcción del edificio y en público se alabaron el esfuerzo del R.P. Mascagni y la magnitud de la obra. Y oyéronse en privado críticas, no sabemos si justas, sobre la desproporción de los proyectos y el apartamiento y lo menguado de la región.

Al P. Fernando, quien llegaba con el P. Gil, le confiaron la tarea de sacar adelante y coronar la mole del edificio cuya construcción se encontraba en crisis precisamente por falta de fondos. Escribe en su libro ZAPATOCA el Pbro. Isaías Ardila Díaz:

Afortunadamente en el año 1957 el Padre FERNANDO ORTEGA DE LAS HERAS, español, por disposición de sus Superiores dejó su heroico apostolado de Párroco de Agua de Dios, para entregarse con vivo entusiasmo al Colegio de Zapatoca –ciudad que él amó intensamente y que lo reconoció como a "Hijo Adoptivo". Con su fervor y la tenacidad de la sangre de los nacidos en Castilla la Vieja, se encargó, además de todo su trabajo como Profesor, ecónomo del Colegio y consejero y auxiliar de los alumnos, de la dirección de la Obra del Edificio en forma personal y sacrificada, que con los auxilios que logró obtener pudo terminar en toda su majestuosa amplitud.

La magnitud de la edificación constituía un desafío inmenso: los fondos nunca fueron abundantes. Los dineros prometidos por parte del gobierno, cualquiera fuera la instancia de la que dependieran se veían afectados por incertidumbres de todo géne-

ro: la inestabilidad de funcionarios, multitud de controles, vicisitudes políticas, condicionamientos, etc. De modo que las necesidades de cubrir gastos urgentes tenían un ritmo y las erogaciones otro, siendo un verdadero milagro que se compaginaran una que otra vez. Esto sin contar los auxilios que se quedaban en el estadio de las meras promesas. Sería hasta muy interesante poder hacer un seguimiento en tiempo y realidad de la ley del millón y medio de pesos cuya promesa sirvió para poner en marcha el grandioso proyecto de la construcción para ver cómo y porqué no se concretó en la forma anunciada. Lo cierto es que, como ya se dijo, era mucho lo que había que hacer cuando se le confió semejante faena al P. Fernando. No sobra decir que sobre el supuesto no comprobado de que todos los dineros prometidos habían sido girados, no faltaron acusaciones posteriores contra los Salesianos, al tenor de esta afirmación del citado autor del libro que acabo de mencionar: "Es indispensable recordar con qué dineros se construyó el Colegio y su piscina, para saber si la Sociedad Salesiana tiene derechos en él, moral y legítimamente adquiridos".

En la gigantesca fábrica quedó el trabajo gratuito y sin prestaciones sociales de ninguna clase de tantos salesianos que durante años dieron su aporte en economía de materiales, trabajo de operarios, las mejores ideas e industrias para solventar las urgencias económicas: valga citar, a manera de ejemplo, todo el trabajo de hierro de la formidable estructura, corredores, barandas, puertas y ventanas realizado por el Salesiano Coadjutor Constantino Ochoa y el cuidado que tuvo siempre de todas las instalaciones eléctricas y de agua, lo mismo que de la iluminación de patios, aulas y demás locales, reparación y mantenimiento de los equipos de sonido, entre otras cosas y esto por años y años mientras no sucumbió por edad avanzada. Y el otro hermano Coadjutor, don Miguel Zablocki, quien se había hecho un magnífico constructor y puso toda su experiencia y energía en la obra hasta el fin de sus días en Zapotoca.

Imposible trazar siquiera de manera somera lo que el P. Fernando hizo para culminar la obra colosal del colegio y para poner a funcionar espacios que, si bien quedaban dentro del recinto, eran sólo eso, espacios que había que convertir en ambientes funcionales para la educación. Puso en juego toda la experiencia adquirida en la reconstrucción de las obras salesianas en España en la inmediata postguerra civil. No se había tratado sólo de levantar paredes sino de recrear ambientes humanos, de convivencia. Ésta y la esperanza habían quedado tan vulneradas. En el caso de Zapatoca era crear espacios, adaptar lugares acogedores para la amistad, el compañerismo solidario, la alegría, en fin, espacios de juventud, todo proyectado hacia el futuro. Con una visión pedagógica muy sutil y acertada se fijó las metas prioritarias de terminación o adecuación de ambientes para los muchachos cuyo número iba creciendo de año en año: dormitorios, aulas, laboratorios, un salón de cafetería centro de encuentro social, patios y ambientes de recreo, todo concebido y llevado a cabo con austeridad pero también con finura y elegancia como aspectos formativos de la personalidad. Remodeló salones de estudio que ya existían pero que requerían ampliación y reorganizó oficinas, salones de catequesis, fue adquiriendo mejores equipos para secretarías, proyección de cine y suplió las carencias cuyo elenco había hecho con minucia. Fue fiel a los planos que habían hecho para el colegio grandioso pero también actuó con realismo para readecuar algunos aspectos del proyecto a fin de que sirvieran para solucionar las necesidades reales tal y como se iban presentando, mientras supo dejar de lado lo que no era indispensable en el futuro inmediato.

Todo lo cual implicó el empeño constante para buscar los fondos necesarios que parecían tan esquivos. Así recurrió a cuanta autoridad pudo: apeló a ministerios, senadores y representantes, autoridades departamentales y se valió siempre de su gran capacidad de amistad y de relaciones humanas. El colegio era salesiano y responsabilidad nuestra pero, como hizo Don Bosco, había que interesar a los estamentos gubernamentales y tam-

bién a otras posibles fuentes de financiación y envolverlas así en la obligación educadora. Obtuvo ayudas muy importantes y otras menores en cantidad pero todas brindadas en pro de la educación salesiana y entregadas a la misma. En su empleo racional supo conjugar la amplitud de miras y la delicadeza para ahorrar hasta el último céntimo.

Industrioso como el que más y por encima de todo cansancio, multiplicó viajes por todos lados, con los excesos de quien no tenía en cuenta su salud para nada: se desplazaba en los mismos camiones de carga, muchas veces en horas de la madrugada, en ayunas y sin probar bocado a lo largo del día para realizar lo previsto e imprevisto y poder volver al colegio lo más pronto posible. No sobra decir que sus viajes de horas y horas junto a los choferes los convertía en apostolado de predicación individual, acciones sacramentales y todo lo que significa mostrarse sacerdote convencido y con verdadera sed del "da mihi animas" de Don Bosco.

Cada uno de los espacios nuevos era una conjugación de su amor inmenso, su visión pedagógica, su criterio salesiano. Sabía que, en el pensamiento de Don Bosco, aulas, patios, capilla, eran escenarios pedagógicos incomparables y cada uno imprescindible, para brindar una formación integral y que sólo tenían sentido por los muchachos que llegarían a colmarlos, atraídos por Don Bosco. Un cuidado muy especial puso en embellecer los inmensos patios, lugares privilegiados de la pedagogía salesiana fundamentada en el encuentro y la familiaridad, el deporte, la exuberancia y la camaradería. Fue en un patio donde Domingo Savio promulgó la definición: "Aquí nosotros hacemos consistir la santidad en estar muy alegres".

A lo largo de los años vividos en Zapatoaca, con los jóvenes en su mente y en su corazón, el P. Fernando se dedicó a re-crear y llevar a feliz término ese palacio inmenso de la pedagogía lleno de espacios abiertos, luminosos, para que los muchachos se sintieran reyes en él y en su propia casa y desde ella soñaran con el

mejor de los futuros. Sin que se lo propusiera, en el Colegio Salesiano de Santo Tomás de Aquino el P. Fernando dejó su monumento imperecedero para la posteridad.

Cuánto habría que decir del material pedagógico que procuraba para profesores y alumnos, estupendos, modernos y bien dotados laboratorios de física y química y también de ciencias naturales, la mapoteca, las bibliotecas para los salesianos, y todo el personal del colegio, con libros actualizados y muy bien escogidos, implementos deportivos de primera calidad. Vivía la convicción de que todo lo que se hiciera en pro de los jóvenes era la mejor inversión para su bien. A pesar de las estrecheces económicas no conocía ahorros baratos ni mezquindad en los gastos de todo el andamiaje educativo.

Su visión de "patio salesiano" se extendió más allá del colegio. Pensó en la necesidad de crear en los alrededores áridos de la ciudad un club que sirviera de meta atrayente para los paseos de los internos y también un sitio turístico para las familias zapatocas. Por fin logró, venciendo toda clase de obstáculos y de opiniones adversas como suele suceder en esos casos, la construcción de una hermosa piscina de natación, rodeada de todas las comodidades e instalaciones modernas para servicio de la gente. El 12 de octubre de 1965 fue fiesta en Zapatoca por la inauguración de la piscina: su bendición y su estreno con las competencias de natación que luego se multiplicarían también entre los que no eran alumnos del salesiano. Éste se había ido convirtiendo en centro de referencia y alma de la ciudad.

Época de oro del Salesiano

Al finalizar la década de los cincuenta, el país adelantaba en firme su proceso de transformación rural-urbana, uno de cuyos concomitantes era el de una notable expansión educativa, en especial en los niveles superior y medio. Las clases medias urbanas pujaban por acceder masivamente a la universidad y, por ende, constituirían la más fuerte demanda de educación media.

En este contexto Zapatoaca atraía la atención por su "clima de seda", su ambiente recogido, sus planteles educativos que le daban la imagen de una ciudad estudiantil y el prestigio enorme del Salesiano en toda la región y también en comarcas lejanas.

El P. Ildelfonso Gil, desde su arribo, se había propuesto elevar el nivel intelectual del colegio con la relación docencia-disciplina de muy alta calidad: buen profesorado, amor por el estudio, motivaciones académicas, buenos niveles de exigencia y rendimiento, en fin, un ambiente de buen colegio que correspondía y hacía honor a la hermosísima construcción y lo completo de su dotación. Se convirtió en la meta obligada de las pequeñas ciudades que no tenían planteles secundarios o apenas si ofrecían unos pocos cursos en el nivel medio. Pero muy pronto se impuso la fama del Salesiano y de Bucaramanga, Barrancabermeja la capital petrolera del país, de ciudades importantes de los dos santanderes y de la costa, como también de Bogotá, fluyeron los alumnos que copaban las posibilidades de albergarlos como internos.

Pronto fue el colegio que vio galardonar sus bachilleres con premios nacionales como el de Coltejer y que ostentaba los más altos puntajes entre el alumnado que se presentaba a la Universidad Industrial de Santander. Por otra parte, se destacaba por sus bandas de música y de guerra, el deporte, las revistas de gimnasia, representaciones teatrales y muchas formas de competencia y creación de fraternidad estudiantil entre los planteles de la ciudad y fuera de ella, lo mismo que su participación en tantos eventos cívicos y religiosos con que Zapatoaca celebraba sus efemérides.

Se precisa añadir lo que para la educación salesiana es fundamental y prioritario: la formación espiritual y moral de los alumnos. El ambiente del Salesiano era de gran familiaridad y confianza entre los educadores y alumnos. Las actividades de lo que hoy se llama Asociacionismo se desarrollaban en diversos grupos de animación apostólica y de vida juvenil. Con la cele-

bración eucarística, otros momentos de oración, los ejercicios espirituales, dirección personalizada especialmente a los mayores, es decir, los mejores recursos de la tradición salesiana.

El P. Fernando desarrollaba en este sentido de animación, de manera callada, una labor imponderable. Los conocía a todos y a cada uno le brindaba su amistad personal, interesándose por sus asuntos, sus necesidades. Esgrimía, ante todo, su enorme capacidad de servicio como el mejor acercamiento a las personas, las valoraba y respetaba inmensamente. Sus exigencias de disciplina eran estrictas y hasta aparecía severo, más si se tiene en cuenta su talante en veces brusco como el tono de su voz. Pero no era sino la cáscara externa pues su corazón estaba lleno de comprensión. Quizás ni antes ni después hubo en el colegio ningún salesiano ni ningún educador con tanta capacidad de ser amigo como el P. Fernando, amistad en la que se hacía compañero, hacía sentir su preocupación por cada uno de los alumnos, su interés en que se sintieran reconocidos y de verdad estimados. De aquí su ascendiente moral y que lo apreciaran siempre como lo que él quería ser y aparecer: sacerdote salesiano.

El colegio no nadaba en abundancias económicas. Al contrario, lo cotidiano era tener que afrontar la estrechez económica de cada día para que no se sintieran las carencias ni faltara lo necesario. Así como se había logrado una dotación espléndida para el colegio, el P. Fernando vivía la preocupación del bienestar de los muchachos que, en general, provenían de familias no muy holgadas y que tenían que responder a la educación de varios hijos pues eran numerosas. No sólo sabía tener la paciencia de esperarlas aun largos meses cuando se atrasaban en el pago de las pensiones; sino que tuvo que condonar pagos que no pudieron cumplir y hasta darles algún dinero para paliar su insolvencia total y el apremio de necesidades domésticas.

Él mismo vigilaba el menú en cantidad y calidad, tanto en su preparación en la cocina como en su distribución en el come-

dor. Sus muchachos no podían tener hambre y el refectorio debía ser, además, un salón hermoso y acogedor. Estaba de por medio la dignidad de la muchachada y que se sintieran de verdad en su casa. Y como en un internado la mayor parte de la pensión es para cubrir los gastos de alimentación, se industriaba con huerta, gallinero y otras formas de producción y economías caseras para que sus muchachos tuvieran lo suficiente y variado aunque escaseara el dinero. En algunas ocasiones, y esto es rigurosamente cierto, cuando se presentó la situación crítica de que alguna familia pensara en retirar a su hijo por imposibilidad de seguir pagando las deudas acumuladas con el colegio, el P. Fernando dispuso de una pequeña cantidad para comprar un chanchito a fin de cebarlo en la porqueriza, negociarlo luego y poder recabar así algún dinero para la pensión alimenticia del insolvente absoluto.

Su entrega incondicional a los alumnos lo fue también para los habitantes de la ciudad. La proyección de las personas buenas tiene horizontes infinitos. Desde su llegada, hizo suya a Zapatoca con el conocimiento de sus gentes y dándose a conocer de las mismas: del desarraigo doloroso de su querida Agua de Dios pasó al arraigo amoroso de la tierra nueva a la que Dios lo había destinado en el misterio de una difícil obediencia religiosa. Respiró con su único pulmón el aire de la brecha que empezó a abrir y sembró a manos llenas en comunión con su nueva parentela que lo sintió muy pronto hermano, miembro de sus familias, hijo de la ciudad pues el P. Fernando era el hombre de la caridad sin límites, que vibraba con todas y cada una de las preocupaciones ajenas, de la amistad sincera, del favor oportuno, desinteresado, respetuoso y oculto, de la grande intuición que prevenía y salía al encuentro de las necesidades. Su figura se hizo familiar en recorrer las calles, llamar a las puertas, reconocer y ser reconocido, saludar y responder... como si hubiera nacido allí. La gran verdad es que había nacido para Zapatoca.

El "PADRE" Fernando

Es su vocativo y definición por antonomasia. La paternidad sacerdotal fue su idiosincrasia, lo esencial en su ser y actuar, expresada en todas las formas posibles de fraternidad y de servicio para quien hizo de toda su existencia un sacramento de revelación y entrega del amor providente de Dios.

Intuía acertada y profundamente la problemática juvenil y acompañaba con especialidad a los más problemáticos, ganándose su corazón y confianza. A los muchachos que llevaban al colegio como difíciles y rebeldes y los internaban por castigo -icosas de los tiempos!- los rodeaba de comprensión, con simpatía y confianza y hasta con excepciones les trocaba la perspectiva de "confinamiento" por la de una pertenencia amable y alegre.

Celebraba gustosamente la Eucaristía y la vida sacramental para los muchachos que lo sentían pastor que velaba por cada uno y por su formación espiritual y no pocos de los considerados "difíciles" en relación con la disciplina colegial le abrían su corazón y lo tenían como director espiritual, sabiendo como sabían cómo los formaba para la responsabilidad y la libertad.

Ser sacerdote era su mejor forma de ser amigo y así se lo sentía aún desde las orillas del libre pensamiento: "Fue el mejor hombre y quizás el amigo más cabal que he conocido -me escribió ante su fallecimiento Ernesto Suárez Rueda. Él para mí valía, tenía importancia, se justificaba, adquiría sentido contando con su ruda ternura, su exuberancia, su incalculable generosidad, su cálido aliento, su infinita humanidad (...) Cuánto debo a su modesta grandeza, a su consejo, a su ternura y nobleza, tan elementales y tan inconfundibles".

De amistad fue la historia de la ciudad que lo hizo suyo, como sintetizó el Inspector Provincial Salesiano P. Fernando Peraza Leal, en una de sus homilías: "Su historia sólo podría escribirse con las confidencias de muchos seres, con un diluvio de lágrimas y orfandades. Porque él fue un padre, porque con él se compartie-

ron penas y ansiedades recónditas, secretos e intimidades de las cuales pendió la felicidad hogareña de incontables familias, la paz definitiva de muchas conciencias, la alegría de innumerables criaturas humanas... Su palabra será inolvidable. Su rudeza y su ternura, su bondad, eran como irradiación luminosa de todo su ser: era premuroso, oportuno, comunicativo, franco, sincero".

En realidad, la imagen que apareció, creció, se impuso y afianzó en Zapatoaca fue la del sacerdote incomparable, del religioso perfecto, del educador abnegado, del apóstol, del amigo, la proyección más luminosa del espíritu salesiano del colegio. Se le vio recorrer las calles todos los días entre los dos polos que enmarcaban su vida: el colegio y la iglesia parroquial. Era donde más tiempo pasaba en el servicio de buen educador salesiano que ya he intentado describir y en el de buen confesor, siempre rodeado de confidencias, cuitas, esperanzas. Era un asiduo del confesionario como si fuera su única tarea. ¿De dónde sacaba las horas si el colegio era su mayor preocupación y tanto de su marcha gravitaba sobre él? Ante la falta de respuesta posible y lógica sólo queda remitirse a la multiplicación de los tiempos que únicamente fructifica en manos de los santos.

Una curiosa visión de sí mismo brinda el P. Fernando con respecto a lo anterior: En un abundante cuestionario que todos y cada uno de los salesianos del mundo fueron invitados a contestar en vista del Capítulo General Especial de la Congregación, que se realizó en el inmediato postconcilio, se pedía dar una aproximación porcentual sobre los tres principales sectores de desempeño de la propia actividad. El P. Fernando respondió que el 50% de su tiempo estaba dedicado a su tarea administrativa de "prefecto"; el 25% al apostolado parroquial y el otro 25% al apostolado de la predicación, confesión, ejercicios espirituales. Con conocimiento de causa bien podemos afirmar que no se trata de una repartición del tiempo entre las tareas materiales y las espirituales. El P. Fernando era la más hermosa síntesis de intencionalidad sacerdotal apostólica en todo lo que realiza-

ba y su cargo de prefecto que, como ya afirmé, había sido el de la casi totalidad de su vida sacerdotal, no era sino un instrumento de servicio y caridad, actitud que embargaba el ciento por ciento de su vida.

No sólo Zapatoaca experimentaba la influencia creciente de su apostolado sacerdotal tanto en la parroquia como entre los jóvenes de los diversos planteles. El P. Fernando era muy conocido por su celo sacerdotal en toda la región y muy estimado por el clero: infatigable en su compromiso apostólico, multiplicaba su presencia para brindar la ayuda que le solicitaban para las grandes celebraciones de la Semana Santa, fiestas patronales y otros momentos fuertes de la Liturgia en Bucaramanga, Barrancabermeja, San Vicente de Chucurí, Galán, La Fuente...y la lista se haría muy larga. Todo lo cual significaba un abuso sobre su salud, aquejada permanentemente por las debilidades intrínsecas que ya conocemos... Así vivía su espíritu de inmolación.

Su entrega al apostolado de las confesiones en la parroquia, de tanto significado y que tanta gratitud le merecía, tuvo que interrumpirla en un momento dado. Hubo de hacerlo con dolor inmenso ante sombras que alguien arrojó sobre su integridad moral. Conocí personalmente la intensidad de su sufrimiento que se constituyó en la prueba más amarga de su vida, tanto más que se repetía lo escrito por el salmista: *"Si fuera un enemigo el que me ultraja, podría soportarlo... Pero eres tú, hombre de mi rango, amigo y compañero, con quien me unía dulce intimidad en la Casa de Dios"* (LIV,13-14). "Persecuciones que sólo se producen contra los santos" dijo en una oración vehemente el P. Isaías Ardila que pronunció en el cementerio local cuando llegó inesperadamente delante de la multitud que se había reunido en memoria del P. Fernando. Quizás se puede considerar breve el tiempo que pasó para que se demostrara y brillara su inocencia. Para él tuvo sabor de eternidad y el peso del madero fue demasiado duro sobre sus hombros e incidente para su salud, aunque siguió recorriendo a diario sus mismos caminos de abnegación y de servicio.

La agonía del coloso

Luego del quinquenio en que el P. Ildefonso Gil dirigió la marcha del colegio y lo llevó a tan altos niveles, con la colaboración y protagonismo irrestrictos del P. Fernando, en 1963 asumió la dirección el P. Pablo Enrique Medellín Romero, salesiano erudito y educador formidable y de gran experiencia, con el propósito de continuar el camino recorrido y que describió así al comenzar a escribir la crónica correspondiente: "He sido designado para suceder al R.P. Ildefonso Gil, uno de los directores más aprestigiados, docto, prudente y de ejemplar espíritu salesiano. El Colegio Salesiano Sto. Tomás, bajo su dirección ha alcanzado renombre y ocupa, por su formación espiritual, religiosa y por su cultivo en letras, el primer puesto entre los planteles de este departamento. Así que no es tarea sencilla sostener el ritmo ascensional que viene trayendo ni llenar tan fácilmente el vacío que deja entre los salesianos y alumnos el director cesante, R.P. Ildefonso Gil".

El P. "Pablito", como siempre se le llamó cariñosamente, en nombre de Don Bosco prosiguió fielmente la animación espiritual, académica y pedagógica de esta comunidad educativa que vivía momentos de oro y siguió logrando metas significativas. Lo seguían el aprecio y la admiración comarcanas y también lugares lejanos de la región costanera mantuvieron sus "colonias" de alumnos deseosos de asegurar la mejor formación integral.

Fue un período que se extendió por cuatro años, con gran integración del grupo de salesianos para compartir trabajo y responsabilidades, junto con un excelente equipo de profesores. El P. Fernando se desempeñaba en la línea que ya está descrita y era un verdadero puente y aseguraba la mejor tradición entre los dos directorados de esta época de oro del Santo Tomás. Se podrían destacar benemerencias, anotar reconocimientos al colegio, citar fechas que se hicieron memorables en la vida colegial, hechos internacionales que se vivieron con intensidad como el desarrollo del Concilio Vaticano II, fallecimiento de Juan XXIII, el Papa

bueno, la elección de Pablo VI, admirador y devoto de Don Bosco y gran amigo de nuestra Congregación, como Sumo Pontífice, pero rebasarían el propósito de este escrito.

A inicios de 1968 el P. Fernando logró concretar una expansión de la obra educativa salesiana para niñas pobres de la ciudad y lugares circunvecinos: bajo la dirección de las Hijas de los Sagrados Corazones de Jesús y de María, que desde años atrás atendían cocina y comedor, se abrió un taller de corte y confección que empezó con cincuenta niñas atendidas gratuitamente. Se habían adquirido máquinas y adecuado el salón respectivo. Fue un buen número el de niñas las que se beneficiaron de esta educación que las preparaba al trabajo y para su subsistencia por fuera de las meras labores domésticas que era su único horizonte.

El auge de la educación escolar en Colombia fue uno de los hechos más importantes de todos estos años. El estudio, de ser privilegio, iba pasando a ser derecho. Esta expansión educativa, como ya lo señalé, desembocó en el renombre del Salesiano de Zapatoaca y se convirtió en catalizador del crecimiento cuantitativo y cualitativo que hemos enunciado.

Las instituciones educativas se siguieron multiplicando como fenómeno urbano, de modo que se entró en un crecimiento llamado "explosivo" de la matrícula por su ritmo de aumento en volumen de alumnos y multiplicación de instituciones. La oferta crecía al compás de la demanda. Así, las pequeñas ciudades hicieron esfuerzos ingentes por crear sus colegios de primaria y secundaria. Esta multiplicación de obras fue haciendo innecesarios los internados y los desplazamientos a cabeceras de provincia para proseguir estudios una vez terminada la primaria. Y fue creando crisis en los internados que durante una década y hasta más se habían aprestado acaparando la creciente demanda de los inicios.

En este período fueron surgiendo valores nuevos por la heterogenización del sector escolar, se pusieron en discusión temas como el de la influencia de la Iglesia en el campo educativo

nacional, la educación separada por sexos y fue entrando la profesionalización de los docentes y el control total de la educación por parte del estado, entre otras cosas. La insurgencia juvenil de mayo de 1968 en Francia fue un acontecimiento que estremeció al mundo y tuvo repercusiones en todo lo que tenía que ver con la educación y su incidencia fue inmensa en esa época: se habló de la irrupción del "estamento juvenil" como reivindicador de derechos, exigencia de participación política y con cierto carácter "profético".

El P. Fernando, quien llevaba el peso de la gestión económica del colegio, cuya vida dependía fundamentalmente y en casi su totalidad de las pensiones de los alumnos, percibió con lucidez el futuro comprometedor: la elitización inevitable del sector privado. El estado se dedicaría a velar por la educación oficial y las ayudas oficiales serían cada vez menores y más difíciles de obtener.

La obra del edificio como tal ya estaba casi concluida, aunque algunas partes del proyecto inicial, como el de la gran capilla, hubiera que posponerlos indefinidamente. Había que dedicarse a responder a los retos nuevos que se presentaban de manera acelerada y podían atentar contra la supervivencia del colegio que gozaba de tanto prestigio y en la consecución de cuyos niveles cuantitativos y cualitativos el P. Fernando había sido uno de los principales fautores. Era como la espina dorsal de una obra tan salesiana tan importante para la región y para la Inspectoría.

Ésta, sin embargo, al sentir el impacto de la revolución educativa en distintas obras, se preocupó en especial por la de Zapatoaca y, en el marco de la reestructuración planteada por el Capítulo General Especial de la Congregación Salesiana a nivel mundial, se plantearía luego el interrogante de si se podría continuar con la presencia salesiana en Zapatoaca ante la crisis institucional que se veía venir.

El P. Fernando, por entonces, pensaba en las varias instituciones escolares religiosas de la ciudad, que se verían afectadas

por los mismos retos y creyó oportuno proponer como solución su integración en los cursos superiores en el Salesiano que tenía la estructura más completa y actualizada en laboratorios de física y química, de modo que las niñas pudieran tener acceso al bachillerato completo y la unión hiciera la fuerza para asegurar el porvenir de las instituciones. Se inició con el acceso de las niñas a los laboratorios y biblioteca del colegio. Compartieron con nuestros alumnos los gabinetes, clases de dichas materias y también de religión. Todo fue bien visto por los inspectores oficiales cuando visitaron el colegio y expresaron su complacencia. Pero faltaba la aprobación oficial para los cursos de las niñas. La integración no había sido fácil y no podía quedarse en el mero hecho. El director de entonces, P. Emiro Sánchez logró por fin obtener dicha aprobación oficial por parte de las autoridades competentes, un poco "in extremis", para los dos últimos cursos del Colegio del Sagrado Corazón de Jesús de las Madres Betlehemitas que así pudieron graduar sus primeras bachilleres a final del 1969.

Estas fueron propuestas audaces para su momento que, si bien se abrieron paso, no fueron bien vistas por muchos, dadas las tradiciones de Zapatoca: la educación mixta, que aún no existía en gran parte del país, fue rechazada por los párrocos y por otros círculos sociales de nuestra ciudad, con la vehemencia de lo que se maneja sin análisis y discusión sino desde niveles de prejuicio. En la misma forma se miraron y calificaron participaciones de educandos y educandas en reuniones de integración social entre los planteles, organización de deportes, revistas de gimnasia y otros eventos por el estilo con participación de chicos y chicas. De modo que, aunque se habían obtenido cosas muy positivas y el colegio parecía solidificarse con un liderazgo que se había convertido en integrador, apenas si se ganaba una batalla pero los horizontes no se veían nada claros. Un pasado glorioso parecía debilitarse.

A principios de la década de los años 70 el P. Fernando tuvo un colapso y, enfermo de gravedad, hubo que trasladarlo a la Clí-

nica La Merced de Bucaramanga. La merma de sus energías había llegado al clímax y su organismo no resistió más el impacto de todo lo que estaba viviendo y veía venir. Aunque se le brindaron todos los cuidados médicos, se sumergió en el estado de coma llenando de alarma y tristeza a Zapatocha y a sus amigos de tantas otras partes.

Para ser fiel a la historia tengo que rememorar algo estrictamente personal. Yo estaba en la Casa Provincial en Bogotá cuando supe del peligro en que estaba su vida. En la imposibilidad de viajar a Bucaramanga, con el P. Rodrigo Díaz, entonces ecónomo inspectorial que viajó de urgencia a verlo, le envié una carta de fraternal saludo y seguridad de acompañamiento con mis oraciones. Cuando se la leyeron, reaccionó con llanto y exclamó desde su infinita debilidad: "Jaime ama mucho la Congregación. Ofrezco mi vida por él".

El P. Rodrigo Díaz regresó de inmediato a Bogotá y me envió a Bucaramanga. Cuando ingresé a su habitación en la clínica, me saludó con voz débil pero con su tono tajante: ¿"Qué viniste a hacer"?. Le respondí con un gracejo: "Pues estoy faltando a la pobreza pues me tuve que venir en avión para verlo". Soltó la risa.

Lo acompañé un par de días. Le celebré la Eucaristía que no quiso en su pieza sino que lo lleváramos a la capilla. Entró en una recuperación visible. Cuando me despedí, expresó: "Dígalos a los Superiores que les agradezco esta "inyección" (de vida) que me han enviado". Sobra todo comentario.

Lo volvieron a llevar a Zapatocha. Pasó algún día más en el hospital local y se reincorporó al colegio como si no hubiera pasado nada. A los pocos días estaba de nuevo en la brecha, luego de un mes que había pasado entre la vida y la muerte.

La que sí perduraba era la agonía del colegio. En marzo de 1971 el P. Antonio Mei y mi persona fuimos enviados por el Inspector Provincial a evaluar el colegio, el funcionamiento del mixto y a ver en concreto con los salesianos si valía la pena seguir en

Zapatoca. Los pareceres de salesianos, educadores y de personas de la ciudad eran muy positivos y eran unánimes en la validez y necesidad de la permanencia nuestra.

Hablé largo con el P. Fernando: recorriendo con mirada profunda el enorme palacio, me comentó con amargura y desaliento profundos: "Es muy triste que aquello a lo que uno le dedicó la vida y tantos esfuerzos en nombre de la Congregación...se deje acabar y se pierda todo lo hecho para ir a parar a otras manos". Es que era una docena de años de entrega de su existencia con apasionamiento a una obra colosal con la que se había identificado como nadie, a la que le había entregado todo lo que él era, tenía y quería y ahora amenazaba ruina. No supe qué decirle. Tenía toda la razón. Era una tragedia personal, un sufrimiento indecible. Pero ambos vislumbrábamos las dificultades enormes que se venían y eran incumbentes: la supervivencia del colegio creaba una situación de alerta.

Con la integración aludida, apenas se había logrado un momento de calma y esperanza, en medio de muchas incomprensiones y de las inseguridades que éstas creaban. Él se empeñó en salvar lo salvable. Se estudió y realizó una nueva integración, esta vez con la Escuela Industrial. Escrutó otras posibilidades. Acudió a todas las autoridades: fue a hablar con el Ministro de Educación Dr. Luis Carlos Galán, santandereano e interesado por su departamento natal, quien brindó algunos aportes en medias becas, solución apenas coyuntural. Entonces acudió hasta al Presidente de la República, Dr. Misael Pastrana Borrero. Ante las incertidumbres que aumentaban pensó en soluciones como la nacionalización del colegio. Por fin se impuso más bien la idea de la cooperativización del mismo. Las cosas se encaminarían en esta dirección.

El P. Fernando había luchado por sobrevivir para el colegio. Agobiado, cayó en el surco. Imposible que una naturaleza humana tan minada y sufriente pudiera resistir tanto. Yo había viajado a Roma como delegado al Capítulo General Especial

de la Congregación Salesiana. Terminado el mismo, acababa de regresar al país junto con el Inspector Provincial P. Fernando Peraza Leal. El 31 de enero de 1972, fiesta de Don Bosco, a las 5 a.m. recibí una llamada telefónica urgente del P. Pedro León Reyes, entonces, director del Tecnológico Salesiano Eloy Valenzuela de Bucaramanga: "El P. Fernando Ortega está muy grave...lo nombra mucho. ¿No podría venirse?". Minutos después otra llamada de la Sra. Dorita de Nieto quien lo estaba acompañando: "Padre...es cuestión de horas según los médicos. Por favor, véngase". En el primer vuelo llegué a Bucaramanga y del aeropuerto directamente a la Clínica Santa Teresa donde el P. Fernando estaba recluido desde el 15. Estaba moribundo. Los médicos le habían practicado la traqueotomía para ayudarle a respirar. Cuando me acerqué a su lecho me reconoció con una mirada fugaz y un esbozo débil de sonrisa.

Dios me dio la gracia de pasar con él sus últimos días en que nos daba...

...lo último que le quedaba de lo mucho que nos había traído...

No le quedaba para respirar nuestros aires y para hablarnos sino un último lóbulo del único pulmón con que había llegado a Colombia veinte años atrás, cuando vino provisto de "desprovisión" y para entregarnos lo único que le había quedado de la prueba de fuego de los horrores de las guerras: su vida.

Tuvimos la certidumbre de que esta decena de días era el espacio final de recopilación de sus actitudes esenciales, recogiendo toda su existencia para emitirla como su acto definitivo de fe en Dios y en nosotros. Nada nuevo, todo conocido pero inédito y ahora editado con la autenticidad de quien, en la clarividencia del final de lo terreno, se asoma al umbral de lo eterno como verdad absoluta.

Nos tocaba acompañarlo con recogimiento y gratitud en el trecho indefinible del colofón de su esperanza: ¿meros testigos o

privilegiados contemplativos como los discípulos que vieron la transfiguración del Señor en el Tabor? Lo cierto es nos sentíamos transportados a las realidades de la trascendencia que lo envolvían y experimentaba.

Su salud, siempre resentida, jamás había frenado el ritmo agobiador de su trabajo en su Colegio ni aquella actitud con que irradiaba su bondad fuera de él. Ahora, quien había "batallado contra su implacable enfermedad, como siempre lo hizo contra todas las adversidades de la vida, serenamente, dueño de sí paciente y perseverante" como se dijo de él en uno de los homenajes póstumos, había rendido las armas de la lucha para esforzarse en brindar, por unas veces más, su plenitud interior y su capacidad de amistad como testamento para sus más íntimos, como la oración sacerdotal de Jesús en la última cena (Jn.XVII).

Todo se conjugaba en una liturgia de comunión profunda. Sus letargos eran muy largos y nos parecían interminables para quienes lo rodeábamos queriendo hacer tesoro de los breves instantes de comunicación con él. ¿Qué pasaba en ellos o por su mente durante los mismos? La ciencia nunca lo podrá descifrar. Pero en la fe nos atrevemos a decir que era "Dios quien pasaba, se hacía cada vez más presente para dejarse contemplar". Su revelación iba rompiendo velos que se hacían más tenues para ir entregando el don de la visión definitiva.

Sus hermanos en Congregación estábamos a su lado. Varias veces le celebré la Santa Misa en su pieza y él recibió la Sagrada Comunión. También hacía el esfuerzo de unirse con sus respuestas, moviendo los labios y hasta trazándose la señal de la cruz. La plegaria era el mejor acompañamiento que le podíamos brindar.

Los médicos y todo el personal de la clínica se desvivían noche y día en atenderlo. El Dr. Norberto Soto, con toda su pericia y amistad, era su médico de cabecera. Fueron muchos los amigos que pasaron "a mirarlo". Se contentaban con eso y varios se alejaban sollozando. En ratos efímeros de lucidez se esforzó por demostrar que reconocía y por agradecer las atenciones que se

le brindaban. Inolvidable cuando se aproximó alguno que había quedado sin empleo y estaba buscando trabajo: como pudo el P. Fernando quiso preguntarle si ya lo había conseguido.

Muy particularmente grato se mostró con la visita que ya hacia el final le hizo el Provincial P. Fernando Peraza Leal. Intentó estrecharle las manos con afecto. Y hasta con una mirada apagada pero burlona y un leve rumor como de intento de palabra "respondió" a la broma que le hice diciéndole que había venido a nombrarlo director de Zapotoca.

Coincidió esta visita con una rápida mejoría que nos dio una esperanza que nos había parecido imposible albergar. Tanto que el P. Peraza se despidió prometiéndole volver. Igualmente hice yo que decidí volver a mi trabajo por un par de días y regresar de nuevo a Bucaramanga. Se lo dije con cordialidad y afecto. Él me miró fijamente, sonrió y se quedó como mirando al vacío. Intenté descansar algunas horas cuando me llamaron otra vez de urgencia. Había vuelto al coma. Su vida aparecía artificial, dependiente en absoluto del respirador automático. Volvimos a la zozobra y a la tristeza inevitable de ver que nos dejaba. Poco a poco se iba extinguendo. A las dos de la mañana se presentó una crisis fuerte. Entonces convocamos a los amigos que habían exigido que se les llamara: Ernesto Suárez Rueda y doña Rosaura, su mamá; Lucy Barrera la administradora de la clínica; estaban también Dorita de Nieto e Isabel Calderón una de las enfermeras constantes a su lado. Hacia las 4 de la madrugada vimos que se acercaba el final. Como que empacaba la nada de sus pertenencias, como veinte años antes, para venirse a Colombia. Me puse la estola, le reiteré la absolución sacramental y envolví su partida en la oración ritual: "Sal alma cristiana de este mundo". Había entrado al mundo de la resurrección. Era el 9 de febrero.

La noticia se propagó incontenible. Desfile de personas y expresión de sentimientos profundos. A las 10 de la mañana, luego de una breve cámara ardiente en nuestra iglesia parroquial

de María Auxiliadora, el P. Fernando Peraza Leal, quien se vino inmediatamente desde Bogotá, presidió la concelebración de la Comunidad en Bucaramanga. Salesianos, alumnos, amigos del P. Fernando nos reunimos llenos de aflicción y de esperanza. El Provincial, en una sentida homilía, evocó la memoria de aquél cuya "fisonomía pertenece ya al conjunto de rostros amados de tantas casas santandereanas que lo acogieron festivas y cálidas, como a uno que era imprescindible para ellos ... Él se fue como enraizando en estas breñas amables... acomodando a la tierra y a sus hombres, hasta convertirse en uno de los suyos: hizo propios sus intereses, sus preocupaciones, sus proyectos. Sufrió y gozó las horas dichosas e inciertas de este terruño conocido palmo a palmo. Vibró con indecible afecto con la cordialidad de sus gentes, interpretó como propios sus ideales y promesas. Creyó en este suelo hecho patria suya y con un esfuerzo magnánimo renunció a volver a su España nativa, como para no aspirar otro aire que éste que hoy golpea su féretro, trayéndole las voces de sus hermanos y de sus amigos, congregando la nobleza de sus sentimientos al derredor de su santo cadáver".

Y trazó el predicador esta semblanza incomparable:

Fernando Ortega llegó hace veinte años a Colombia. Se entregó en Agua de Dios a la compasión y al amor de los enfermos. No hubo otra cosa sino prodigalidad y servicio. Parecía que el dolor fuera el clima propio para que su espíritu se dilatase. Allí fue amado sin medida, como él había hecho a su vez con el prójimo. Y desde entonces lo vimos como hasta sus últimos años en Zapatoca o Bucaramanga, pobre. Con esa cristiana simplicidad y desprendimiento que le fueron típicos. Nunca necesitó para sí cosa alguna: tenía la libertad de los hijos de Dios sin apegos ni egoísmos.

Sus manos tocaron las puertas de todo hombre que había menester de su celo sacerdotal, de su palabra, de su consuelo, sin distinción alguna. Era una imagen de Cristo e hizo suyas las Bienaventuranzas del Evangelio. Todo lo esperó de Jesús. Su pasión era continua, su fe inquebrantable y su confianza en los hombres infinita: por ello se hizo el amigo de todos.

Una flotilla de avionetas condujo a sus amigos y los despojos mortales del P. Fernando a Zapatoca: mucha gente en el aero-

puerto y luego toda la ciudadanía en las calles, en silencio, lo recibieron. En el Colegio se hizo la cámara ardiente y durante horas y horas la gente desfiló para verlo por última vez y rendirle el homenaje personal y postrero. A las 17 horas hubo una concelebración, con la capilla atestada de alumnos actuales y pasados. Es que, como subrayé en mi sermón, "los que vivieron con él aquí quizás podrán olvidarse de los demás pero, si a algún SALESIANO recordarán siempre, es al P. Fernando". Posteriormente se celebró una Misa en la iglesia parroquial, con asistencia de una imponente multitud.

Era la ciudadanía testigo de su desprendimiento absoluto a favor de los demás y en su pronta e incondicional disponibilidad. Se había concretado en su espíritu de trabajo incansable y generoso y en una carencia de bienes que nos dejó atónitos a los que penetramos a su pieza después de su fallecimiento: allí no había nada, fuera de lo más elemental y humilde. No se encontró con qué obsequiar como recuerdo a los amigos que insistentemente pedían alguna de sus pertenencias como recuerdo. En su vida, desposeída de todo, lo había dado todo.

A las 9 de la mañana del 10 de febrero se condujo el féretro a la iglesia parroquial, en la que el P. Fernando había desplegado por tantos años, incansablemente, generosa labor sacerdotal. Toda la ciudadanía se había dado cita en el templo. Las calles de Zapatoaca quedaron vacías. Concelebramos veinte sacerdotes entre salesianos y clero diocesano. Presidían nuestro Provincial y Mons. Carlos Ardila, párroco. Fue una liturgia vivida en el amor, la gratitud y la esperanza.

Nuevamente fue el Padre Provincial quien hizo la homilía. Estos son unos apartes significativos:

Fernando Ortega ha vuelto a su tierra querida de Zapatoaca, no sólo con la presencia de sus despojos mortales, sino con la magnanimidad de su espíritu. Ha vuelto para quedarse en ella, rodeado por los suyos, como en su casa.(...)

Ayer bendijimos la inigualable abundancia de los consuelos que supo proporcionar, la caridad de su corazón entregado sin reservas a las necesidades y reclamos del prójimo. Y lo repetiremos ahora y siempre en estas montañas serenas, por estos campos que él también recorrió presuroso y fraterno, en las calles donde su paso era adivinado y su acento tenía siempre expresiones familiares e íntimas.(...)

Sufrió los años de la guerra civil española con la entereza de un mártir cristiano y conservó esa dignidad en la cotidiana conciencia de su vocación espiritual. Ella lo hizo superior a las pruebas y a los sinsabores, desprendido y humilde: tuvo en todo su comportamiento la actitud de los pobres, a quienes el Evangelio se revela en toda su esplendorosa belleza y eficacia. Por ella nunca pretendió nada para sí y se fue del mundo sin pesar de dejarlo todo, con la misma actitud peregrina con la cual había extendido la mano en busca de ayuda para los indigentes que él socorría y la había vaciado a la puerta de los infortunados y solos a donde él sabía acercarse con amorosa modestia y respeto.(...)

Esta asamblea no sólo llora la pena de un adiós inevitable, con amor y con sinceras lágrimas del alma, sino que bendice al Señor con el ejemplo que él nos ha dado y la altura con la cual, íntegro y consecuente aun en lo mínimo, cumplió los compromisos y los deberes de su ministerio y de su consagración religiosa.

Para vosotros hermanos que condividís la desolación de la Comunidad Salesiana, gracias por todo. Sólo Dios os retribuirá vuestro cariño y vuestra cordial comunión de sentimientos. Para él, para el P. Fernando, la paz de los santos, la multiplicada alegría de su inmensa cosecha, la dichosa visión de aquella que fue para él también Madre incomparable de su vida apostólica y Auxiliadora de sus innumerables iniciativas de bien.

Descansa tú que has trabajado como un pobre y te has ganado el sustento de tus fatigas, prodigando sin reserva la vida, todo por la felicidad de los demás. Descansa en la paz de Cristo, hermano nuestro, porque has coronado tus días y ganado una gloriosa batalla.

Nosotros te recordaremos siempre y evocaremos los amables ejemplos de tu vida, como hoy lo hemos hecho rodeando tu cuerpo ya inerte, pero seguros de que vives la verdadera vida que ya no te podrá ser arrebatada. Ello anima nuestras trascendentales aspiraciones y la serena nostalgia y el vacío de nuestros corazones.

Hermanos, prosigamos la celebración del misterio de la muerte y resurrección de Cristo Jesús, verdadero fundamento inmovible de nuestras definitivas esperanzas.

Al terminar el servicio litúrgico una lluvia torrencial obligó a retardar la ida al cementerio. Se convocó para las horas de la tarde. Llegado el momento, la ciudad quedó nuevamente paralizada y vacía, todas las puertas cerradas.

En desfile imponente de todos los zapatocas y de mucha gente venida de otras ciudades y poblaciones aun distantes, se rindió al P. Fernando el último homenaje de gratitud al acompañar sus despojos hasta el cementerio local, *donde se quedó para siempre con los suyos.*

La memoria viva

El Colegio Santo Tomás estaba funcionando en la modalidad cooperativa y sobrevivió como *salesiano* hasta la clausura de 1973. Como si la presencia salesiana hubiera agonizado con el P. Fernando. La Comunidad tuvo que optar por retirarse después de 28 años de servicio educativo escolar en Zapatoaca y dejar la obra en arriendo a la Cooperativa. La expansión educativa del país en multiplicación de planteles de educación primaria, secundaria y de nivel superior, les quitaron protagonismo y posibilidades a colegios que, como el Santo Tomás, tuvieron su auge con personal de otras latitudes. Fueron acertados los comentarios aludidos que reportaba el P. Ildefonso Gil al asumir la dirección en el lejano 1958 sobre la inmensa construcción: se habló, entonces, de *“desproporción de los proyectos y el apartamiento y lo menguado de la región”*. La ciudad carecía de los medios suficientes y del volumen de población estudiantil mínimo necesario para hacer marchar el colegio.

A pesar de las limitaciones humanas inevitables y de comentarios y evaluaciones muy negativas ante este acontecimiento de la partida de los Salesianos por parte de personas hasta de autoridad que, en defensa de los intereses de la ciudad, carecieron

de análisis serios y ponderados como, por ejemplo, señalar la integración del Salesiano con el plantel de las Religiosas Betlehemitas como causa de la crisis y decaimiento de la educación en Zapatoca, la historia salesiana en esos 28 años fue muy auténtica en el servicio, dentro de la fidelidad al carisma de Don Bosco.

En dicha obra trabajaron salesianos sobresalientes por su capacidad como educadores, por su formación intelectual, por su altura moral, por todos sus esfuerzos y logros en la formación moral e intelectual de numerosas generaciones de jóvenes.

Ese fue el ambiente y la realidad que el P. Fernando Ortega enalteció con su presencia y con la dación de su vida y lo llevó al grado sumo al agotar su existencia en construir grandeza para la ciudad que, sin su presencia visible, se sintió agobiada de tristeza y orfandad.

Al acercarse los siete años de su fallecimiento, Monseñor Carlos Ardila, párroco de Zapatoca, escribió al entonces Provincial Salesiano P. Mario Jiménez Rojas, una carta fechada el 23 de enero de 1979, con esta petición:

La Ciudadanía de Zapatoca, por mi conducto, pide a la Comunidad Salesiana el que los restos del Padre Ortega permanezcan en Zapatoca, como seguramente fue su deseo y es la aspiración de todo Zapatoca.

Teniendo en cuenta este anhelo del pueblo de Zapatoca, en el Panteón que se construyó para los sacerdotes, está el puesto destinado con la lápida ya grabada del R. Padre Ortega, con el fin de que él quede siempre entre nosotros.

La exhumación de las cenizas del P. Fernando se volvió desfile triunfal: primero a la capilla del Colegio, luego a la iglesia parroquial para una Eucaristía solemne con el templo colmado de la multitud que veneraba su memoria y la procesión al camposanto, para ubicarlas en el panteón dedicado por Zapatoca a sus hijos sacerdotes. Y allí quedaron *para siempre*, como sitio de re-

ferencia de la ciudad que llama y siente al P. Fernando como un santo, como su santo y, en la madurez de su fe, cuenta con él y su intercesión en el misterio de la Comunión de los Santos. Y junto quedaron también los restos del inolvidable Coadjutor Salesiano Miguel Zablocki, quien compartió con el P. Fernando las obras, el amor y la preocupación por el Colegio durante todo ese tiempo y lo precedió en menos de tres años en el tránsito a la Casa del Padre, habiendo sido cuidado personalmente por el P. Fernando, día y noche, en su última enfermedad.

Bodas de plata celestiales

El P. Fernando sigue siendo la memoria salesiana viva en Zapatoca. La ciudad quiso celebrar sus 25 años de cielo, con la experiencia de que nunca se había alejado de ella.

Para el 9 de febrero de 1997 nos convocaron las autoridades eclesíásticas y civiles y el anhelo de la ciudad. El ambiente era de fiesta de la vida. El Honorable Concejo expidió un decreto para exaltar su memoria. La parroquia se hizo centro de lo más importante del homenaje: solemne concelebración de una Eucaristía pascual en la que la ciudadanía en masa estaba presente llenando las naves amplias e imponentes, homilía de remembranza y esperanza que me confiaron, hermosas y sinceras palabras del Dr. César Augusto Suárez Garrido, alcalde de la ciudad, homenajes del Concejo y de la Cooperativa Especializada de Educación, ofrenda floral y luego un imponente desfile-peregrinación hasta la tumba del P. Fernando en el cementerio.

En todo fue decisiva en calidad y cantidad la presencia de la juventud. No lo conocieron pero sí oyeron hablar de él y supieron que era historia buena y luminosa en la ciudad en que estudiaban. Así lo expresaron con su actitud gallarda y bien supieron demostrar que a los santos hay que creerles, hay que quererlos y hay que ser como ellos.

Y ahora, tanto en las peregrinaciones de exalumnos que van a visitar emocionados la ciudad que los albergó y el colegio en

que se formaron cuando conocieron al P. Fernando y su personalidad los marcó indeleblemente...y que seguirán visitando el lugar donde reposan sus restos, como los zapatocas que nunca dejan faltar las flores frescas allá donde su nombre se proyecta sobre la ciudad, nombre que no sólo es una evocación salesiana sino una invocación para que los Salesianos puedan volver a la ciudad que tanto quiso el P. Fernando y que tanto los quiere.

Las fuentes de consulta fueron:

- La carpeta del P. Fernando en el Archivo Inspectorial: se encuentran en ella, además de las fichas de datos personales generales, la petición de admisión a los votos perpetuos y su acta correspondiente, todas las peticiones y actas referentes a la admisión a cada una de las órdenes sagradas, nombramiento como director, riquísimas cartas que le escribió la familia, memoriales de los leprosos pidiendo que no lo remuevan de Agua de Dios, originales de las homilias para su entierro, algunos artículos de prensa y noticias sobre eventos posteriores a su muerte: traslado de restos, peregrinaciones de exalumnos salesianos y las tres ediciones de la nota necrológica.
- Los invaluable testimonios escritos de los salesianos PP. Emilio Alonso de Santoclides Burgos, Antonio Valenciano Polack, José Manuel del Bosque, Aniceto Orive con quienes tuve la fortuna de alternar en España en enero del 2001 me permitieron reconstruir su pasado antes de llegar a Colombia.
- Los dos libros de la Crónica del Colegio Salesiano de Santo Tomás de Aquino.
- Pbro Isaías Ardila Díaz. *ZAPATOCA*. Bogotá: Ariel Ltda., 1988.
- Mis recuerdos personales de profunda amistad y los de exalumnos que veneran su memoria.



Coadjutor MIGUEL ZABLOCKI

Nació en Czernichowe (Zbaraz) en el Imperio Austro-Húngaro
el 11 de febrero de 1881
Murió en Zapatoca, Colombia,
el 20 de abril de 1970.

89 años de edad, 63 de profesión religiosa

COADJUTOR MIGUEL ZABLOCKI

"Contemplativo en la acción"

Don Bosco "profundamente hombre de Dios y lleno de los dones del Espíritu Santo, *vivía como si viera al Invisible*". Así escribió el Beato Miguel Rúa, su sucesor, espejo de su alma y confidente, quien compartió con el Santo la gran tarea apostólica de enriquecer a la Iglesia con el Carisma Salesiano.

Algo semejante pudimos ver y constatar los que conocimos a este modelo de Salesiano Coadjutor, la mano laica de Don Bosco, quien nos brindó en su vida cotidiana, sencilla y laboriosa, un ejemplo personificado de esa espiritualidad "contemplativa" de nuestro Fundador, Padre y Maestro.

"Éramos aún niños en la casa del Aspirantado de Mosquera – escribió el P. Juan B. Becerra, en la nota biográfica luego de su fallecimiento- y ya nuestros superiores nos hablaban con veneración de este coadjutor privilegiado a quien María favorecía con familiares coloquios. No es pues raro que ejerciera sobre los jóvenes un hechizo particular y que hasta en los últimos días de su vida, cuando ya la enfermedad y los años lo habían reducido a la impotencia aun para los menesteres más elementales, los pequeños a porfía lo rodeasen con esa veneración propia de su certera intuición. El concepto de su santidad está hondamente arraigado en cuantos tuvieron la fortuna de conocerlo".

Es lo que intento presentar en estas páginas de su biografía, a pesar de la dificultad de hacerlo con una vida salesiana marcada desde sus comienzos por rasgos "*místicos*", que no son comunes y que se pueden equiparar a la experiencia de Don Bosco quien, según escribió el Papa Juan Pablo II en la carta "*Tuvenum Patris*" de 1988, "*sentía haber recibido una vocación especial y ser asistido y casi conducido de la mano, en el cumplimiento de su misión, por el Señor y por la intervención maternal de la Virgen María*".

Don Miki, como cariñosamente lo llamaban en el Colegio Salesiano de Zapoteca, ciudad que fue el escenario de los últimos 20 años de su vida y que quiere guardar para siempre sus restos mortales como una reliquia de su historia y para las generaciones que vendrán, en pocas páginas describió su experiencia espiritual salesiana. Lo hizo en obediencia a su Director, grande y verdadero maestro de espiritualidad salesiana, P. Ildefonso Gil Quintero, quien, intuyendo vivencias espirituales muy profundas y extraordinarias, le pidió venciera el temor de escribir estas experiencias. Don Miki obedeció. Por primera vez abrimos ese manuscrito, que vamos a llamar "Memorias", para el conocimiento y aprovechamiento de todos los que, hoy más que nunca, necesitamos creer y sentir que la Providencia Divina nos acompaña y nos conduce y que Dios es el autor de la historia en la que quiere contar con nosotros.

Es un cuaderno escolar, con la misma narración escrita en dos versiones que coinciden fundamentalmente, con algunos matices complementarios en ciertos casos. La caligrafía es más bien clara y hasta elegante. Pero la dificultad de leer radica en el manejo pobre del Castellano, especialmente el escrito, que tuvo Don Miki toda su vida: así en no pocas palabras se encuentran no las letras que debían estar, sino algunas, posiblemente de su lengua materna, con las que intenta transcribir su lenguaje hablado que siempre fue deficiente. Las citas de dicho escrito, manteniendo la más estricta fidelidad al sentido, obviamente se "traducirán" al lenguaje ordinario.

Al inicio de la primera narración, el P. Ildefonso Gil escribió de su puño y letra: *"Unas memorias de tipo religioso, tal vez místico, vividas por Don Miguel Zablocki, Coadjutor Salesiano"*. Por su parte, Don Miki inició su segundo manuscrito con estas palabras: *"Al escribir en ese cuaderno me da cierto miedo y repugnancia pero escribo por obediencia del Rev. Padre Director"*.

Al término de la segunda narración, Don Miki puso este renglón que reproduzco en su redacción textual: *"Padre que yo pue-*

do ya escribir, mas todo el mundo me conoce (...). El 8 de octubre voy a cumplir 57 años de Congregación. Ya ni las manos no pueden escribir, no me corren. Si Su Rev. opina, también puede quemarlo". Y estampó su firma. Aunque el texto es confuso se entiende que "no puede" escribir más. Cree haberlo dicho todo. Si bien no hay fecha escrita con respecto a la extensión del texto, es fácil inferir que fue en el año 1962, último de directorado del P. Ildefonso Gil en Zapatoaca.

Éste, por su parte y con su signatura, corroboró la autenticidad del escrito: *"Estos apuntes fueron escritos por D. Miguel Zablocki, salesiano, a petición de su Director, Don Ildefonso Gil, en Zapatoaca"*.

Los 89 años de su vida...

...comenzaron en la ciudad de Czernichowe, en el distrito de Zbaraz, del entonces Imperio Austro-Húngaro, el 11 de febrero de 1881, en el hogar de Lucas Zablocki y Praxedes Lenko, agricultores por tradición familiar. Fue bautizado con el nombre de Miguel, al día siguiente de su llegada al mundo, de acuerdo con la tradición muy cristiana de la familia, en la parroquia de San Antonio de Zbaraz, diócesis de Leopoli.

No se tienen mayores datos ni de su hogar ni de su infancia. Sólo se sabe que era hijo único y que su mamá murió cuando él tenía 3 años. Él mismo dice que no la conoció. Se formó como agricultor ayudando a su padre. También frecuentó, desde los 7 hasta los 10 años, la escuela local en la que hizo sus estudios primarios, el certificado de cuyo cuarto grado en los dos semestres del año escolar 1890/91 se conserva y da en la conducta y casi todas las materias la calificación de "muy bueno". Este documento, el certificado de sanidad expedido por el ejército y otros dos, tanto de la autoridad civil como de la eclesiástica sobre la integridad de su vida y costumbres, están fechados entre 1905 y 1906, cuando los solicitó para pedir su admisión como salesiano, a los 24 años de edad.

De seguro que, concluida su primaria, estuvo dedicado a las faenas agrícolas y luego fue enrolado en el ejército para su servicio militar que duró dos años. De la vida en el cuartel no se tienen detalles pero es fácil imaginar la disciplina, los entrenamientos y un ordenamiento rígido y el manejo de las armas. Es al terminar dicho servicio cuando decide su ingreso a la Congregación Salesiana. Pero quedando todavía con la obligación de volver a participar en maniobras militares por un mes cada dos años.

El origen de su vocación religiosa hay que mirarlo en el ambiente cristiano y muy piadoso de su familia pero hay también caminos y manifestaciones de Dios muy especiales aún desde su más tierna edad. Había hecho la primera comunión alrededor de los doce años y, desde entonces, se descubre en él una devoción y actitud eucarísticas muy profundas que ostentará como uno de los rasgos más característicos de toda su vida.

Sus "Memorias" las inicia con una afirmación que es como un encauzamiento definitivo de su existencia y que parece envolverlo desde su uso de razón:

Desde muchacho, cuando entendí qué es el pecado, siempre tuve el cuidado de no cometer la mínima falta.

Nos hace rememorar a Domingo Savio, fruto opimo de la pedagogía de Don Bosco y, por tanto, intérprete de su educación para la santidad, con el lema de su vida: "*Antes morir que pecar*". Su Bautismo había llegado a una madurez completa siendo apenas un adolescente.

El caso del joven Miguel es semejante en la conciencia y vivencia del amor de Dios desde una edad muy temprana y en el entendimiento de la vida de gracia como amistad no sólo tenida sino vivida con el Señor, de manera personal y cultivada conscientemente. Así él describe una experiencia muy significativa que dice haber soñado *siendo muy pequeño* y que se proyecta y hasta se repite en otros momentos de su vida:

Me encontraba con Dios Padre sentado en una silla y yo de frente a Él, de rodillas, apoyando mis codos sobre sus rodillas, sin temor, mirando la cara de Dios. Me atreví a pedirle la gracia de que no me juzgara y Él me contestó que el juicio lo tiene su Hijo, Jesús. Yo pensé dentro de mí: qué bien, pues Jesús es mi amigo y yo lo quiero mucho.

Esto de apoyar mis codos en las rodillas de Dios Padre me pasa con alguna frecuencia, cuando estoy rezando. Me parece que apoyándose en sus rodillas se reza con más recogimiento en la presencia y veneración de la bondad de Dios.

En otra ocasión, soñando, vi a Jesús joven, como de unos 15 años: me miró con cariño y me dijo claramente que sería mi compañero en mi vida. En su semblante se veía un dejo de lástima sobre mí por los sufrimientos que me vendrían. Y realmente he tenido cruces diferentes.

En otro momento sentí como una voz interna que me previno para que yo nunca me casara y que debía quedar así, virgen. Lo prometí. Todavía no sabía que algún día yo debía ser religioso.

En esto que he tomado y citado de sus manuscritos se percibe una gran familiaridad con lo sobrenatural, verdadera actitud filial para con Dios y la convicción plena de que su vida es el Señor quien la dirige: el ser "como conducido de la mano en el cumplimiento de la misión" que sentía Don Bosco. Estas remembranzas son como una mirada y consideración retrospectiva que cuentan y explican su vida salesiana ya avanzada pues las escribe en sus últimos años: siente que hay una intervención manifiesta de Dios, que ha vivido de manera "habitual" en su existencia, desde la niñez. Desde esta óptica y como algo muy normal y natural explica los acontecimientos que se le presentan y el discurrir de sus años, el ingreso a la Comunidad Salesiana, sus realizaciones apostólicas, su venida a Colombia y sus diversos empeños en varias obras de esta tierra.

En pos de Don Bosco

Lo más factible es que lo haya conocido gracias al *Boletín Salesiano*. Fue el principal difusor de su figura amable y de la grandeza de sus obras, en particular de las misiones y las gestas

de sus hijos en lejanísimas tierras. Se decidió a seguirlo y de seguro se entusiasmó con los apostolados heroicos. En consonancia con su propósito de mantenerse virgen fue madurando su vocación y le pidió a Dios el poder hacerse religioso.

Terminado su servicio militar obligatorio había regresado a su casa y vuelto a sus labores tradicionales de campesino. Su religiosidad era intensa. La iglesia parroquial distaba unos 6 kilómetros. "Por la sed que yo tenía de hacer mi comunión frecuente me tocaba con mucha frecuencia ir tan lejos. Pero yo sentía mucho gusto. Cuántas veces me tocaba estar en ayunas hasta las 11 o las 12". En ese tiempo el ayuno que había que guardar para comulgar se iniciaba a medianoche y la vida campesina siempre ha sido dura y abnegada. De modo que dicho ayuno, dentro del trabajo que dependía del esfuerzo y energía humanos, afectado por las levantadas muy temprano y el recorrido de las distancias, sin poderse siquiera refrescar con agua, era un verdadero sacrificio.

Este período de retorno a la vida familiar no debió ser largo pero, en el trabajo campesino y en el ambiente de los suyos, piadoso y recogido, fue su preparación inmediata a su decisión vocacional. Escribió entonces a los Salesianos solicitando ser admitido a la Congregación.

Quizás en ese tiempo de discernimiento se puede situar el "haber conocido a su mamá" en una visión que él refiere a la imagen tradicional del purgatorio:

En sueño la vi en la cama con una enfermedad horrible y en el acto ya sana. Me dijo: Mire, Miguel, Ud. no me vio, no me conoció. Mire mi fisonomía. Yo la miré y estaba resplandeciente como la luna, subiendo hacia arriba, dándome gracias por mi auxilio (*en comuniones*). Ella subía al cielo. Yo estaba de fiesta porque llegaba al cielo. Hice cuentas y pude ver que mi mamá había estado 18 años en el purgatorio.

El tema de la cancelación, al terminar la vida, de las "deudas" (al decir de la versión antigua más exacta del Padrenuestro),

que generan los pecados cometidos, que se ha conocido siempre con el nombre de "purgatorio", en la Teología actual no se plantea en términos de determinado tiempo de acrisolamiento por el fuego. Dicha purificación es ineludible para toda creatura, dada nuestra condición de pecadores, pero queda situada fuera de medidas espacio-temporales. Es la relación dialogal y de comunión directa Dios-creatura la que lleva a ésta al reconocimiento de la necesidad de ser purificada y a la aceptación del amor de Dios que la purifica y la hace justa, hasta transformarla totalmente en la dimensión de la filiación divina, o sea, en la participación en la resurrección de Jesucristo. Aunque esta expresión teológica sea más elaborada y parezca más cercana a la realidad del misterio de Dios que nos salva, no le quita veracidad a la experiencia que nos transmite Miguel, expresada en otros términos.

Fue recibido en la Congregación, como aspirante, por el gran salesiano P. Pedro Tirone, de la generación formada por Don Bosco y que en la Inspectoría Austríaca era director y maestro de novicios en la casa de Daszawa, a la que ingresó Miguel el 8 de octubre de 1905, a sus 24 años, con en su haber los estudios primarios, su formación y laboriosidad campesinas, la disciplina militar y una profunda experiencia de Dios.

Su aspirantado duró un poco menos del año. Se desarrolló, por la información que él mismo da, en las tareas cotidianas de marcha y mantenimiento de una casa que albergaba cerca de 50 personas: seguramente había que cultivar la tierra y a Miguel se le confiaron caballos, carros, molinos, labores rudas a las que ya estaba acostumbrado en su vida anterior y templado para las mismas por el servicio militar.

Narra, entre otras cosas, que le tocó encargarse de un carro de caballos y tuvo que cumplir varias tareas y comisiones en él, en circunstancias que fueron de gran riesgo. Inclusive, alguna vez,

los caballos se desbocaron y su vida estuvo en muy inminente peligro. En otra ocasión, una noche muy oscura y en un camino desconocido, los caballos se detuvieron como por instinto ante un barranco que daba sobre el torrente impetuoso de un río. Él no se había dado cuenta y los espoleaba. Desconcertado preguntó en voz alta: ¿Pero, dónde estoy yo? Entonces habría sido advertido del peligro por una voz de niño que venía como del otro lado del río (y era un lugar inhabitado) con la advertencia de que los caballos dieran marcha atrás, lo que logró con no pocas dificultades. En toda circunstancia pero especialmente en éstas, invocaba, como le era habitual, la ayuda divina, y así sintió que pudo superar semejantes dificultades, lo que atribuyó al cumplimiento de la promesa que Jesús le había hecho de ser compañero de su vida.

Entre sus recuerdos sobresale el de haber conocido a un novicio Coadjutor, Constantino Glazowski que él sentía que era muy santo, y le sirvió de ejemplo y de punto de referencia para su preparación inmediata a la vida religiosa salesiana. También hace mención de un seminarista, encargado, entonces, de la cocina, José Michalski, que no sólo lo animó con sus palabras a tener siempre su intención en Dios, sino que lo vio como modelo de virtudes vividas con constancia y hasta heroísmo hasta la muerte que le llegó siendo aún sacerdote muy joven. Es evidente que el ambiente era de ejercicio de grandes virtudes y en él pudo respirar Miguel una atmósfera a la que ya estaba preparado por su experiencia de Dios tan intensa, como ya he referido en algunos aspectos. Y la dirección espiritual del Padre Pedro Tirone le brindó la dimensión de la salesianidad para encaminar el amor a la gracia y la fidelidad a Dios que buscaba intensificar en la vida religiosa.

El noviciado fue transferido de Daszawa, en donde sólo quedó una casa para vocaciones adultas, los llamados "hijos de María", a la ciudad de Radna. Al terminar su aspirantado, conocedores de sus virtudes y de su deseo inmenso de ser religioso Coadju-

tor entre los hijos de Don Bosco, los Superiores lo admitieron al noviciado que inició en la nueva sede el 28 de septiembre de 1906.

No se conocen particulares de la formación como novicio pero se puede imaginar que transcurrió en el ambiente colmado de la memoria de Don Bosco, transmitida por quienes lo conocieron muy de cerca y fueron formados directamente por él. En Radna a Miguel lo impresionó sobremanera el encuentro personal con el primer sucesor de Don Bosco, el hoy Beato Miguel Rúa, con todo el ascendiente que tenía por lo mismo y porque personificaba en sus virtudes y paternidad al Santo Fundador. Lo más posible es que dicho encuentro haya sido a finales de 1907 cuando el noviciado quedó erigido canónicamente. Miguel había entrado para siempre a la Congregación Salesiana con los votos trienales emitidos el 29 de agosto de 1907. Después tuvo que continuar por varios años en la misma casa como profeso, lo que prolongaría e intensificaría su formación salesiana. Su profesión perpetua la hizo en manos del P. Felipe Rinaldi, hoy Beato, tercer sucesor de Don Bosco de quien, según se decía entonces, "sólo le faltaba la voz". Fue otro encuentro que dejó huella profunda en Miguel que se sintió por este acontecimiento en una relación estrecha y hondamente personal con Don Bosco mismo.

El noviciado y posiblemente el postnoviciado se vieron interceptados por las maniobras militares que quedaron como carga ineludible al terminar su servicio. O mejor, eran una prolongación del mismo. Esas movilizaciones, comunes en Europa en la época por las tensiones militares de los imperios en disolución y por la formación de nuevos estados, perturbaban no poco la vida religiosa de las generaciones jóvenes. Tanto que se habían adoptado en la Congregación formas de continuar la pertenencia a la misma por parte de los conscriptos pero con la suspensión temporal de los votos hasta cuando pudieran volver a la vida de comunidad. No se tienen indicios de que Miguel haya

estado alguna vez bajo dicho régimen. Pero bien puede ser que por motivos semejantes a estas convocatorias se hubiera pensado en prolongar su estadía en el noviciado de Radna para "completar" su formación.

La vida militar no mermó jamás su intensa piedad, en particular la eucarística. Al contrario, él mismo escribió esta afirmación textual: "Durante mi servicio militar por dos años, estuve mejor, podía con más frecuencia comulgar".

Vale la pena detenernos sobre su vivencia eucarística en estos períodos de servicio o de ejercicios militares, aunque no podamos precisar si éstos fueron durante el año de noviciado o posteriores.

El amor a la Eucaristía...

...fue el rasgo caracterizante de su personalidad y de su vida. La comunión frecuente era una obsesión para él. Ya vimos su capacidad de cubrir distancias largas para poder comulgar. También los largos ayunos que se imponía y que hacen evocar a Juan Bosco seminarista quien, para poder comulgar todos los días, dentro de una praxis que no permitía acercarse cotidianamente a la comunión y dentro de los horarios restringidos del seminario, tenía que saltar todos los días el desayuno para poder comulgar y volar luego a la clase que empezaba muy temprano. Se anunciaba el apóstol de la comunión frecuente y hasta cotidiana, fundamento de todo su proyecto educativo.

Del tiempo de recién profeso, hace esta aseveración sobre una experiencia de puro sabor místico en relación con la Eucaristía:

Acababa de comulgar y estaba orando en mi sitio. Entonces oí la voz de Jesús que me decía: Mira, yo beso tu corazón. Sentí el toque de sus labios en mi corazón. Entendí que Él deseaba el amor tan (grande) que ahora llevo en mi corazón en el cual estampó su divino beso.

El recluta Miguel se escapaba de la caserma para buscar la comunión. Alguna vez lo vio en la iglesia la esposa de un alto ofi-

cial: lo acusó (¿actitud de "piedad eucarística" por parte de aquélla?) y lo castigaron por indisciplina. Pero el castigo "para mí era dulce", anotó.

Del período de Radna, no sabemos si como novicio o ya recién profeso, narra esta anécdota que, además de simpática, es de hondo significado:

Durante ese tiempo (de maniobras militares) cayó un primer viernes. Yo quería hacer mi comunión pero me parecía imposible ya que el cura párroco confesaba bien temprano. Me levanté, entonces, bien temprano y vi que el militar de servicio, que no me hubiera permitido salir del salón donde dormían tantos soldados, estaba sentado a la puerta durmiendo. Como yo no podía salir vestido con el uniforme antes de la hora, hice un alijo de la ropa con que debía entrar a la iglesia y salí así como se va a dormir, descalzo, sin pantalón y sin camisa, para que, en el caso en que me viera, no me dijera nada.

Salí al jardín, allí me vestí con la ropa que llevaba escondida y pasando por huertos, saltando cercas, fui hasta el cementerio donde estaba la iglesia. No fui por las calles del pueblo para no caer en manos de los oficiales que hacían la guardia nocturna.

Al llegar a la iglesia me pude confesar y el sacerdote me dio la comunión.

Al regreso, la misma maniobra: me volví a desvestir y entré con cuidado al salón dormitorio pues el guardia seguía durmiendo. Me metí en mi cama y me reía bajo la frazada con la satisfacción de que mi jugada había salido muy bien.

Sólo sentí tristeza al pensar que Jesús es tan poco conocido y amado. Entonces oí la voz de Jesús que me dijo: consuélate que en este siglo eso se acabará. ¿Qué significarán estas palabras? ¿Será que viene el fin del mundo o el reino de Jesús?

La estratagema no es el meollo de la narración. Lo es sí el hecho de que Miguel define su existencia con la Eucaristía como centro y por eso busca todos los medios posibles para poder comulgar y vivir su intimidad con el Señor. Y a sus sentimientos responde el Señor con esas iluminaciones internas que Miguel escucha de manera tan real y responden a sus sentimientos, a esa

percepción que casi se podría llamar sensorial de que Dios no es amado. Desde el aspecto cultural, hay que subrayar que en esa época, primero en Europa y luego en el mundo occidental, se vivía en el ambiente de las revelaciones del Corazón de Jesús a Margarita María Alacoque sobre el desbordamiento del amor divino y la sed de Jesús de la respuesta del amor humano, tan escaso, por lo que le pide a la confidente el amor reparador, demostrado en particular en la frecuencia de la recepción eucarística y la comunión reparadora de los primeros viernes de mes.

Este contexto es indispensable para entender el camino espiritual tan intensamente eucarístico de Miguel que en esta otra memoria suya, en cuyo acontecer es imposible no ver una intervención muy clara de la Providencia Divina, hace referencia a la "confidente" del Corazón de Jesús.

Una vez, al acabar los ejercicios militares, regresábamos al cuartel. El último día caía en primer viernes y yo deseaba hacer mi comunión. Sabía que Jesús quería que se comulgara los primeros viernes. Entonces me encomendé a Santa Margarita María Alacoque. A las tres de la mañana debíamos estar listos para salir hacia Lubiana distante unos 40 kilómetros. Los soldados se preparaban tomando su café y comiendo otras cosas más. Yo salí en ayunas para ver de comulgar en ese día. Algunos soldados se desmayaron en el camino por el mucho calor que hacía. En algunos sitios se podía parar para comprar algo de comer. Por fin llegamos a la ciudad a eso de las 3 de la tarde. Los soldados buscaban su almuerzo. Yo me fui a ver en dónde podía confesarme y recibir la comunión. Llegué a la casa de los Padres Jesuitas eslovenos. Me confesé y me dieron la comunión. Volví a la caserma. Ya no se podía reclamar la comida. Pero me sentí tan fresco y descansado que no me hizo falta nada.

Si se tiene en cuenta que acababan de vivir ejercicios militares duros y extenuantes, no hay explicación natural posible sobre más de doce horas de marcha, con un calor agobiante y sin comer ni beber durante muchas más horas y que lo hubiera resistido como si nada. Lo alimentó y sostuvo el deseo de comulgar y Dios veló por Miguel. El Señor cumplía sus promesas: "Yo soy

el pan de vida –había dicho Jesús. El que venga a mí no tendrá hambre y el que crea en mí, no tendrá nunca sed". (Jn.VI,35).

Los caminos de Dios...hacia Colombia

No hay un viraje en el recorrido salesiano que Miguel había hecho hasta ahora. Como él mismo lo expresó en sus "Memorias", había pensado en los enfermos de lepra de Colombia y, en consecuencia, enviado por escrito a los Superiores de la Casa Madre de Turín, Valdocco, su petición en este sentido. Confiando en la conducción de Dios, había esperado pacientemente alrededor de 5 años hasta cuando le llegó la invitación a viajar a Italia para, luego de la gran despedida misionera en la basílica de María Auxiliadora, partir para Colombia con el P. Antonio Aime, Inspector Salesiano en nuestra patria desde finales de 1903. Estamos en 1913. Miguel tenía 32 años y hacía 3 años que había emitido su profesión perpetua. Empezaba su historia salesiana colombiana que duraría 57 años.

Partió de la casa salesiana de Cracovia, fundada en 1911 y en la que pasó unos meses en las múltiples ocupaciones que exige la organización de una obra nueva. Su salida definitiva de Austria fue en octubre de 1913. No hay detalle alguno de su llegada a Turín, la bendición y entrega del crucifijo al misionero, día y puerto de partida, etc. Sólo hay, escrita de su puño y letra, en una ficha de datos personales del archivo inspectorial, esta frase que es el hito histórico de arribo: "Llegué a América, Curaçao, en 1913".

Hay, sin embargo, en la primera etapa de su viaje, la de arribo a Italia, un hecho que él narra con pormenores pero muy sencillamente y que muchos años después, al reflexionar sobre el mismo, lo evalúa como algo sobrenatural. En sus "Memorias" es quizás el que narrará de manera más relievante. No podría omitirse en esta biografía suya.

Helo aquí:

Al salir de Austria, llegué a Venecia, para tomar el tren a Turín. Me di cuenta en la estación que no me alcanzaba la plata hasta Turín. Compré, entonces, el tiquete hasta Milán, pensando que allí en la casa salesiana me darían las 8 liras que me hacían falta. Me senté triste en un banco en la estación a esperar, pensando que la gente circulaba por todos los lados. De repente me di cuenta de que la plaza estaba vacía. De pronto salió de una bocacalle un señor y se dirigió derecho hacia mí. Sentí miedo por el temor de que pudiera quitarme las maletas y yo sin saber nada de Italia para defenderme.

Tendría mi edad, unos 33 años. Se sentó a mi lado y empezamos a hablar. En esto pitó el tren. Me puse en pie para coger mis maletas y él quiso ayudarme. No se lo permití porque me dio pánico de pensar que me las fuera a quitar. Al subir al tren, como pude, él me siguió y se entró al mismo compartimento y se sentó frente a mí. Yo no lo había visto comprar tiquete porque la oficina estaba cerrada.

Se puso a hacerme preguntas. Yo le contestaba en Italiano. Nos pusimos a conversar. Yo me había abierto más y sentía menos temor. Le conté que soy salesiano, que viajaba a Turín para seguir a América y trabajar entre los leprosos y que la plata no me había alcanzado para ir hasta Turín, entonces había decidido llegar a nuestra casa en Milán. Le hablé de la Congregación Salesiana y de Don Bosco que en ese tiempo no había sido declarado todavía beato ni santo. Yo le contaba de todo. Él me escuchaba todo con mucho cariño.

Le pregunté de qué región era, si napolitano o romano. Él me contestó negativamente y no me atreví a insistir más. ¿Cómo es eso que yo le contestaba correcto en Italiano y entendí que él hablaba en Italiano y no me corrigió nada en mi conversación?

Salimos de Venecia a las 7 de la noche y llegamos a Milán como a las 5/30. Él se bajó conmigo del tren y me aconsejó que dejara las maletas en la estación para que no me estorbaran y que me darían una contraseña para reclamarlas. Yo llevé la maleta más grande, él la pequeña. Al llegar a la oficina las entregó y habló con el empleado en un dialecto que yo no entendí. Recibió las contraseñas y me las entregó explicándome cómo debía hacer cuando siguiera el viaje a Turín.

Al salir de esa oficina le dije que yo quería ir a la catedral a comulgar. Él me dijo que también iba allí. Al subir al tranvía compré mi tiquete y, como vi que él no compraba, se lo quise comprar pero no lo quiso aceptar. Así había viajado también en el tren. Pensé que tenía amigos y viajaba de balde.

Al bajar del tranvía dirigí mis pasos hacia la basílica o Duomo como la llaman aquí. Al llegar frente a la catedral, él me acompañaba y me mostró el gran portón con medallones de bronce con la representación de la pasión de Jesucristo. Al pasar adentro me señaló las bóvedas y paredes brillantes, todo hecho en mármol. Arribamos a un sitio y me mostró la tumba de San Carlos Borromeo. Yo me arrodillé para rezar un poco. Él se estuvo a mi derecha pero no se arrodilló. No me demoré para no perjudicarlo en su tiempo. Desde ahí me mostró un altar donde yo podía comulgar.

Íbamos saliendo y se detuvo para mostrarme la artística estatua de San Bartolomé, apóstol, haciéndome ver que tenía sobre el hombro la piel que le habían desollado. Al salir me invitó a subir a los techos de la iglesia. Le pregunté para qué y me dijo para que pudiera admirar la belleza de la ciudad. Le agradecí pero le dije que yo quería ir a comulgar. Nos estrechamos las manos y lo seguí con la vista mientras se alejaba. A los pocos pasos se volvió hacia mí y me dijo adiós, con una mirada tan dulce que se me clavó en la memoria.

Volví a entrar otra vez a la iglesia al sitio que me había mostrado para comulgar. Ya no encontré al sacerdote que estaba celebrando. Me arrodillé. A los pocos pasos había un sacerdote revestido. En alta voz dije el confiteor para que él se devolviera. Realmente se acercó a mí y me dio la santa comunión. Yo estuve recogido. No miré la fisonomía del sacerdote. Pero sí estoy seguro de que no se acercó al altar ni sacó el Santísimo de allá. Ni siquiera habían prendido las velas en el altar. El sacerdote no se purificó los dedos. Todo se me hizo raro. Luego de una breve acción de gracias, entré a la sacristía y pregunté a un seminarista la dirección del colegio salesiano. Me indicó la calle y el número del tranvía. En todo me fue muy bien. Me dieron almuerzo antes de mediodía. Volví a la estación. Con tiempo retiré mis maletas y partí para Turín.

No comprendo cómo hablamos todo el tiempo en Italiano si yo sé apenas unas pocas palabras. ¡Caminos de Dios!

Es una lectura que brinda muchos elementos de reflexión: en primer lugar, la naturalidad, espontaneidad y convicción de la narración. En segundo lugar, la coherencia interna del escrito, que lo acredita. Están, además, los pormenores de la forma en que le dan la comunión, de verdad algo atípico, que hasta se puede llamar misterioso: en ese tiempo la distribución de la comunión fuera de la Misa seguía un rito especial y se daba énfasis a la purificación de los dedos del sacerdote luego de tener en sus manos las sagradas formas. Miguel señala que nada de esto se dio.

Él se maravilla, también, aunque con mucha sencillez, de ciertas cosas como del diálogo en Italiano, lengua que no conocía. El atribuirlo todo a Dios que traza sus caminos revela una relación muy familiar con el mundo sobrenatural y con el mismo Señor.

Hombre generoso en el trabajo, en Turín prestó su ayuda en la Basílica de María Auxiliadora: una de sus más lindas alegrías fue, como él mismo lo subraya, haber ayudado la Santa Misa al Rev.mo Superior General, Padre Pablo Álbera, segundo sucesor de Don Bosco. Colaboraba además en los quehaceres domésticos de la Casa Madre y también fue a Lombriasco a ayudar en la vendimia. En ese lapso consiguió su visa para Colombia y, ya en las postrimerías del año, se embarcó con el P. Antonio Aime rumbo a nuestra Inspectoría, dejando del todo a su anciano papá que falleció en 1918. No consta ni parece probable que haya ido a despedirse de su familia. Nunca más volvió a Europa.

Llegó en las postrimerías de 1913, luego de 20 días de navegación, a la periferia de la Inspectoría y muy lejos todavía de los enfermos de lepra pues su primera obediencia religiosa fue en Curaçao, una escala del viaje que se convirtió en puerto de arribo: el P. Antonio Aime resolvió asignarlo al Asilo de San José, casa salesiana abierta por nuestra Inspectoría en 1898. Una hermosa obra social, como lo dice su nombre. Allí le tocó, pri-

mero que todo, familiarizarse con la lengua dominante, el Papiamento y con una población de idiosincrasia muy diferente a la suya, fruto de la mezcla de la cultura holandesa y la nativa, entre niños de clases humildes y más que pobres. Durante tres años se desempeñó como carpintero y maestro de carpintería.

No estaba formado en las escuelas salesianas de artes y oficios que en ese tiempo gozaban de renombre en Europa. En su trayectoria hasta ahora había sido especialmente agricultor y encargado de quehaceres domésticos: mantenimiento de las casas, reparaciones, reestructuraciones, etc.

Sus conocimientos de carpintería, que le permitieron desempeñarse en el Asilo San José, se basaban en su experiencia. Había sido aprendiz como Juan Bosco en sus años adolescentes en Chieri cuando, para poder subsistir, como ayudante de los artesanos en sus talleres, fue aprendiz de carpintero, de sastre, de zapatero, etc. Habilidades que más tarde puso al servicio de sus muchachos de la calle cuando con ellos y para ellos fundaba el Oratorio. Pero, de esta experiencia rudimentaria, se proyectó la educación técnica que se fue sistematizando y alcanzó niveles de vanguardia, meta que se había fijado el antiguo aprendiz: para sus muchachos, lo mejor. Así será la vida de Miguel como lo podremos ver más adelante: formador con su ejemplo de trabajo y, sobre todo, como maestro de vida.

Tierra firme

A nuestro territorio patrio llegó por vía marítima, con una escala en La Guaira, en donde se embarcó en un navío francés hacia la ciudad de Barranquilla. Había logrado definir su nacionalidad y era polaco a secas, aunque la región de su ciudad natal hubiera pertenecido al Imperio Austro-Húngaro. Su libreta militar era del mismo: había sido soldado del imperio. En ese año Europa estaba en plena guerra a cuyo fin habría nuevos ordenamientos políticos.

Es el mes de febrero de 1917. Lo recibió con toda la fraternidad que le era propia el P. Ernesto Briata. Y, a los pocos días, se encaminó a la meta por la que había pedido venir a Colombia: los enfermos de lepra. Y, lo más singular de todo, con el santo P. Rafael Crippa, veterano de Agua de Dios, fueron los fundadores del lazareto de Caño de Loro, en una hermosa isla del Caribe, frente a la ciudad de Cartagena.

Se encontraron dos hombres de Dios: el uno, curtido por años de servicio a los enfermos, por las incomprendiones y por los largos años de vida, el otro, "contemplativo" de Dios, activísimo y generoso, soñador de la entrega a los enfermos que personificaban las últimas escalas de la pobreza y el abandono por lo temible de la enfermedad en las circunstancias médicas y culturales del momento.

No tenían ni agua y el clima era de mar tropical, ardiente. Tampoco una casita así fuera muy humilde. Las que sí abundaban eran las necesidades de los 600 habitantes, la mitad de los cuales hansenianos. Los dos salesianos tenían que ser creadores desde la nada.

Fueron 6 los años que pasó Miguel como mano derecha del P. Rafael: éste, además de su entrega pastoral a los enfermos y como parte integrante de la misma, soñaba con levantar un templo grandioso en lugar de las dos piecitas adaptadas como capilla parroquial en una humilde choza. Poco a poco se fue irguiendo una mole gótica bellísima. Compartiendo con el P. Rafael el trabajo de cimientos, de muros y de naves y de torre esbelta, alma de esa gran fábrica fue el ahora aprendiz de constructor, Miguel. Entraba en una nueva dimensión pastoral.

Y tenían que proveer, además, a las exigencias más urgentes de la enfermedad que era devastadora y deformante en ese estado de la medicina, lo mismo que luchar contra el abandono e indolencia de los enfermos, pensar en la educación de los niños, y la gran tarea de recuperación espiritual de gentes que

habían vivido muy a la buena, sin conocimientos de las grandes verdades de la salvación y sin actitudes religiosas.

En todas estas dimensiones se desplegó Miguel con todo su celo apostólico. Había sido modelo de cumplimiento hasta en el servicio militar. Ahora lo era en la militancia salesiana. Y como la santidad se contagia, esos dos buscadores de la misma en su fidelidad y crecimiento vocacional salesiano fueron viendo, poco a poco, los frutos de su empeño en el progreso espiritual y material de los enfermos que Dios les confiaba.

Cuando, se acababa el año de 1922, por fin llegaron las Salesianas para encargarse del hospital que había sido levantado con tanto esfuerzo, de la farmacia y de la escuela, los servicios de Miguel fueron requeridos en otra parte, en Barranquilla, donde los salesianos estaban empeñados en solidificar la obra y construir un gran templo.

Había venido a atender a los enfermos de lepra, eran su meta desde los comienzos de su vida salesiana y, luego de mucha espera se había encontrado con ellos. Estaba inmerso en el ambiente de servirlos, aliviarlos, llenarlos de esperanza. Los quería y lo querían. ¿Cuáles serían sus sentimientos cuando la obediencia religiosa interrumpía esa realización? ¿Lo mismo que la separación de quien era su sacerdote, Director espiritual, el santo salesiano P. Rafael Crippa con quien tanto se compaginaba? En lo humano tuvo que ser una separación dolorosa de lo que más quería. Con todo, su espíritu contemplativo y en continua sintonía con Dios, le llevaron a emprender con serenidad los caminos nuevos que, en cuanto a su experiencia y servicio, representarían horizontes muy diversos. De ahí en adelante sería constructor.

En Barranquilla fue, desde el principio, el colaborador número uno del dinámico Director y párroco, P. César Césari, quien estaba al frente de la construcción del grandioso templo, en una zona muy deprimida de la ciudad. Había un arquitecto holan-

dés. "Con él aprendí algo del oficio de constructor –escribe Miguel. Aprendí cálculos de resistencia, del peso, etc.". Así que cuando faltó el arquitecto, la responsabilidad quedó toda en manos de Miguel. Estudiando con pormenores los planos, constató que las torres se veían muy bajitas y feas. Dibujó otras y, con el consentimiento del Director, sacó adelante la obra con las nuevas torres y con material importado de Italia tanto para los altares, como para los pisos el templo se fue convirtiendo en realidad. Empezó también la casa para los salesianos. Se había graduado de constructor en la escuela de la vida y en dicha especialidad prestaría grandes servicios a la Inspección.

Su permanencia en esa ciudad fue hasta finalizar 1930. Fueron muchos sus logros en las tareas que le habían sido confiadas. Cuánto de su iniciativa e intuición, además de su trabajo, no hay en el majestuoso templo de San Roque, como si él hubiera sido el arquitecto. Era el punto de partida de la poderosa irradiación de la promoción salesiana para transformar una zona, en ese tiempo, llena de casuchas miserables. Miguel, amable y bondadoso siempre, acogedor, lleno de amor por los pobres, especialmente con el Oratorio festivo "construyó" esperanza y dignidad en tantos corazones de muchachitos semidesnudos.

Su "arquitectura" partía de la que tenía él para su vida interior. De ese tiempo, escribe,

Por mi deseo de santidad, hasta hice voto de hacer siempre lo que es mejor. Pero me dio miedo y quise volver atrás de ese voto. Pero recibí el aviso de no rescindir el voto, porque no me perjudica en nada para mi vida común.

La redacción es confusa por lo cual me vi obligado a modificarla pero sin tocar para nada el sentido. Lo que sí es importante es aclarar para los lectores el significado de dicho voto. Se lo puede llamar "voto de perfección" porque, quien lo emite, se compromete a escoger no sólo lo bueno que, al fin y al cabo, es obligación de cualquier cristiano, sino lo óptimo. Si lo comparamos con el adagio "lo mejor es enemigo de lo bueno" que

quiere decir que muchas veces dejamos de obrar el bien por escoger lo mejor que se vuelve inalcanzable y terminamos por no hacer ni lo uno ni lo otro, tal vez entendemos mejor lo grave y trascendental de dicho voto y el miedo que asaltó a Miguel luego de emitirlo, actitud que es de almas en un muy alto estadio de perfección. Lo que se confirma, para su caso, también por el "aviso venido de lo Alto" para animarlo a no desistir de su buen propósito.

Miguel sintetiza su satisfacción por todo lo que logró como constructor, al lado y en consonancia con el P. César Césari en su estadía en Barranquilla al ver surgido el templo cuyos planos aquél había modificado para que fuera más esplendoroso: "Allí se ve lo que me dijo Jesús en el sueño: seré tu compañero en tu vida...porque uno no es nada".

Trasladado a Bogotá, al Colegio Salesiano de León XIII, "estuve tres años -dice- con el Sr. Juan Buscaglione". No añade nada más. Con todo hay mucho que decir. Este Coadjutor Salesiano tuvo a su cargo de 1920 a 1940 la Oficina de Ingeniería de la Sociedad Salesiana en Bogotá. Su actividad fue tal y de tal calidad que se lo considera entre los grandes de la arquitectura religiosa y como quien tuvo la mayor influencia sobre la misma en Colombia en esa época. Dirigió unos 120 proyectos de templos y también de edificios de seminarios y universidades. A esa oficina fue invitado Miguel. Dada su ya notable formación empírica, estos tres años al lado del maestro le sirvieron para una capacitación más aquilatada y científica, aunque no recibiera título alguno, en su actividad de constructor. La suya quedó como una mano de obra altamente calificada. Todo se ponía al mejor servicio de la misión salesiana:

A su llegada en 1931, la comunidad leontreciana estaba conformada por 45 salesianos con el P. Pascual Richetta como Director. Entró de lleno a los quehaceres domésticos que constituían su expresión más bella y habitual de fraternidad salesiana y de construcción de la comunidad.

El Santuario Nacional de Nuestra Señora del Carmen, obra maestra de Juan Buscaglione, estaba en plena construcción y se incrementaba el ritmo de los trabajos pues, iniciado en 1926 se tenía programada su culminación para el cuarto centenario de Bogotá en 1938. De seguro fue Miguel uno de los agentes destacados en la edificación, al lado del infatigable y santo P. Enrique Heredia, alma y vida de dicha construcción. También se iba adelantando, poco a poco, el levantamiento del edificio del colegio. Y así lo pudo "descubrir" el gran arquitecto para hacerlo parte de su equipo cercano.

Cuando en 1937, al inicio, fue enviado a Cali, Juan Buscaglione le entregó y confió los planos. Los 12 años siguientes los pasó entre Cali y Cartagena, obras que estaban en su período fundacional y en las que había que asegurar la infraestructura y las edificaciones religiosas y educativas. Es bastante factible que haya prestado también alguna colaboración en la cercana ciudad de Tulúa donde, como en Cali, hay un gran templo parroquial y el edificio del colegio aledaño y que en ese tiempo también se iniciaban. En Cartagena hay un gran colegio colindante con las murallas de la ciudad antigua y de cara al mar abierto.

Fueron obras que arrancaron desde cero y con el notable impulso del constructor Miguel Zablocki, responsable e intérprete de los planos dibujados por el arquitecto Juan Buscaglione, quien depositaba en él su confianza para la ejecución de los mismos, ciertamente bajo su supervisión.

En Cali, el P. Emilio Rico le mostró el potrero en que se debía empezar la obra. Allí les regalaron los primeros 80 ladrillos para arrancar. Pero esa noche se los robaron. Le tocó iniciar, como a Don Bosco, con pocos céntimos, cercanos a nada, como punto de partida. Toda la confianza estaba en la Providencia Divina y las obras se fueron concretando y viendo. Al poco tiempo, tenía entre manos la responsabilidad de tres grandes construcciones. Se necesitaba conocimiento, trabajo incansable, audacia y gran

resistencia. Miguel puso todo eso de su parte, además de su mística salesiana.

En 1943 volvió otra vez a las orillas del mar, en Cartagena, donde permaneció tres años, luego de los cuales regresó a Cali. Lo enviaban donde había mayores necesidades y él se entregaba de lleno al trabajo incansable, su ley y su voto de hacer siempre lo más perfecto.

Su mayor empeño estaba en su "construcción espiritual". Vivía en la presencia de Dios. Lo mismo que las obras que levantó o ayudó a surgir y los templos que construyó, están sus confianzas de crecimiento espiritual. Como de ese tiempo, aunque no tengamos la fecha exacta, están dos vivencias de las que da cuenta en sus "Memorias":

Debo contar, Padre, que habiendo comulgado en la noche de año nuevo, nuestro Señor me dijo que había ganado el jubileo.

En otra ocasión, después de comulgar y teniendo yo la patena para la distribución de la comunión a los demás, vi a la Santísima Trinidad, todas las tres personas por separado, muy claras y transparentes y vi cómo la persona que ha comulgado, queda transparente y clara delante de Él y se asemeja tanto a Dios. Me dio mucha luz al ver que una persona santa, sin pecado, se asemeja a Dios, es templo vivo de Dios y quién podrá atreverse a profanar ese templo si esa alma está divinizada.

Zapatoca

La gracia de Dios nos lo trajo a la historia de esta ciudad el 13 de noviembre de 1945 "para dirigir por unos meses la obra en construcción del colegio", según reporta la crónica. Sin completar el año y habiendo cumplido la tarea que le fue encomendada, el 24 de septiembre siguiente regresó a Cali. Hay un dato curioso: en la ficha personal, todos los traslados que ya conocemos a partir de su estadía en Caño de Loro, resumen la tarea que se le confía en las palabras "quehaceres domésticos y constructor". Creo que la última dimensión fue sobresaliendo más y

más. Pero él nunca dejó de ser constructor de comunidad desde su animación en los quehaceres domésticos, en la procura del bienestar de los hermanos atendiendo a la infraestructura material y espiritual que es el cimiento para ser hermanos en Don Bosco y vivir el espíritu de familia salesiano.

Su envío a Zapatoça tiene la misma contraseña. Llegó cuando el colegio apenas salía de su infancia, habiéndose iniciado las labores educativas salesianas en 1945 con el P. José Cancino, como Director y los seminaristas José Rogelio Rubio y Francisco González Patiño y el Coadjutor Andrés Ramírez (encargado de los quehaceres domésticos). Fueron el primer núcleo educador, en nombre de Don Bosco, para los primeros 88 alumnos, 12 de los cuales eran internos.

El lugar en que se había iniciado el colegio era de verdad histórico. Allí había erigido en 1872 su casa el patricio alemán Georg Von Lengerke, abridor de caminos de progreso y comercio para la región. Durante 32 años la institución educativa se albergó y funcionó en la casona histórica, ampliada, con el tiempo, según las necesidades. Pero en la nueva fase, la salesiana, muy pronto el colegio entró en el período de demoliciones de las casas "viejas" de tanto valor histórico para dar paso a la construcción del soberbio palacio pedagógico según los sueños del P. Leonardo Mascagni, de felicísima memoria, concretados en los ambiciosos planos del ingeniero y arquitecto Adolfo Tylius. La actividad "constructora" de Don Miki, como se le llamó desde el principio y es el nombre que reservamos para esta etapa de su vida, tendrá, además, expresiones muy especiales.

El 7 de marzo de 1949, según la crónica del colegio, "llegó de Cali el maestro de obra y Coadjutor salesiano don Miguel Zablocki con el fin de encargarse de la dirección de la obra en construcción correspondiente al edificio del colegio en su tramo oriental por la calle octava y carrera octava".

En 1950 el alumnado sería de 130 alumnos, se abría el 4° de bachillerato y el equipo directivo estaba compuesto por 9

salesianos para cubrir todos los cargos perfectamente organizados. En este equipo aparece Don Miki con las responsabilidades de enfermero y sacristán y encargado de los 4 colaboradores en los servicios domésticos.

Es factible imaginar que hubo un receso en la construcción. En ese período hubo que desplegar una actividad notable para buscar fondos de sostenimiento y transformación del colegio, albergado en construcciones antiguas, incómodas y poco pedagógicas para las exigencias del momento y que, por su falta de capacidad, frenaban la expansión del colegio. Vendría al año siguiente el gran catalizador de la transformación y de la búsqueda en grande de auxilios para la nueva construcción: el P. Leonardo Mascagni quien inició su directorado en 1951.

Imposible entrar aquí a tratar, y tampoco sería el caso, las vicisitudes de los procesos de financiación, las ayudas prometidas, en especial con la llamada ley "Manuel Serrano Blanco", las dificultades para el desembolso de sus auxilios por parte de los diversas instituciones del sector oficial, los retardos en la continuación de la obra por falta de materiales... la configuración de los equipos de salesianos, siempre de muy alta calidad humana y religiosa y todo lo referente a una historia que está todavía inédita.

El Pbro. Isaías Ardila Díaz, párroco de la ciudad por varios años, muy severo crítico de los Salesianos en su libro *ZAPATOCA* (Bogotá: Ariel Ltda. Editores, 1988, p.450), escribió: "Es bueno hacer memoria de los Hermanos el polaco Miguel Zablocki y el arquitecto Constantino Ochoa, que tanto ayudaron en la construcción del edificio; y nos edificaron con sus ejemplos de virtud y sencillez".

Es la única referencia a la actividad constructora de Don Miki. No hay ninguna otra en la crónica del colegio desde su llegada definitiva a Zapatoca. De seguro sus aportes en el levantamiento del edificio fueron notables y hay quienes dicen que también

dejó su impronta en la construcción de la parte oriental nueva y de hermosa portada del bello cementerio que hoy alberga sus restos mortales en el panteón de los levitas, junto con los del P. Fernando.

Su construcción, evidente e inolvidable, fue la de su amable caridad: con los alumnos del colegio que siempre lo veneraron como santo. Hay que recordarlo como catequista en el Oratorio Festivo, contagiando de Dios a los niñitos más bien desvalidos de la ciudad que iban a buscar el recreo alegre que no tenían en sus ambientes domésticos y enseñando a dar testimonio cristiano a los alumnos del colegio que conquistaba para, en vez de la salida o del deporte los domingos, colaborar con él en esa actividad tan de Don Bosco. A los salesianos les inspiraba, con su ejemplo de trabajo y de "contemplación", los mejores anhelos de fidelidad hasta la santidad.

Todo envuelto en la mayor sencillez de su quehacer diario. Un exalumno que con él se había convertido en animador del Oratorio, me decía que lo recuerda en su desempeño como sacristán. Entraba el mantenimiento de la capilla, el arreglo de los altares, su preparación para las ceremonias grandes en las fiestas y también las cotidianas. Pero, sobre todo, estaba Don Miki como hombre de Dios: él conducía al altar, acercaba a Dios con su actitud.

Con varios exalumnos estuvimos celebrando en el Santuario Nacional de Nuestra Señora del Carmen hace un par de años una Eucaristía para agradecer a María Auxiliadora la liberación de un compañero después de 14 meses de secuestro en manos de la guerrilla. Él comentaba que, en sus largos días y larguísimas noches de soledad, procuraba animarse con las devociones salesianas aprendidas en el colegio e invocaba la protección de personas tan queridas como el P. Fernando Ortega y también Don Miki. Estaba convencido de que ambos habían entrado en su liberación.

Su más importante construcción ...

...la realizó en Zapatoca: aquí fue donde escribió sus "Memorias" y nos descubrió su "*castillo interior*", para usar palabras descriptivas de la experiencia de los místicos. Nos dejó esas pocas páginas que revelan una vivencia de Dios extraordinaria y, al mismo tiempo, humildemente salesiana. Ésta fue la ciudad donde, en atención al deseo de su Director, hizo una recapitulación de su vida, de la gracia de Dios en ella, y nos dio el testimonio del significado de su presencia salesiana de 20 años, como "signo y portador del amor de Dios" y como buscador fiel del querer divino en medio de nosotros y para nosotros.

Así lo digo porque tuve la fortuna de vivir con él durante un año. No percibí nada especial en su humildad cotidiana, en la mansedumbre y fraternidad de su relación, en el desempeño de sus tareas...tan pequeñas y en apariencia insignificantes. Pero sentí algo indefinible en él que ahora comprendo mejor porque siento que conviví con un salesiano santo. Creo que todo esto lo vivían los alumnos y lo encerraban en el vocativo afectuoso de Don Miki. Pudieron sentir que la santidad está muy lejos de la gazmoñería porque experimentaban lo de la escena del Evangelio en que una mujer tocó la orla del manto de Jesús buscando curarse. El Señor preguntó: "*¿Quién me tocó...sentí que una fuerza salía de mí*" (Lc.VIII,44). De la vida y actitud cotidianas de Don Miki salía una fuerza cautivadora.

Y, aunque su vida fue tan interna en los muros del colegio, la ciudad sintió que había algo que los trascendía, una riqueza que estaba para ella y se difundía quizás de manera insensible pero no menos real y ahora lo definen al sentirlo y venerarlo como su santo. Al leer por vez primera esos episodios de sus "Memorias" se siente la santidad como más humana, más accesible, porque Don Miki era tan común y corriente pero con una actitud atrayente y seductora: simplemente porque irradiaba a Dios.

Del período de su vida en Zapatoca no quedan narraciones místicas especiales. Pero sí hay alusiones muy significativas porque

Don Miki madura algunas de sus experiencias más importantes:

No se sabe el año en que sucedió pero le pidieron ir a la casa salesiana de Duitama a ayudar al maestro de obra del colegio. Él cumplió con ese traslado que duró muy poco y le dijeron que regresara a nuestra ciudad. Escribió, entonces:

Al volver a Zapatoca, me extrañé mucho porque estuve allí (en Duitama) apenas un mes y medio. De repente oí la voz de Jesús, no puedo estimar si interna o externa, que me manifestó: ¿Acaso no te dije que seré tu compañero en tu vida? Entonces me llegó como un relámpago y comprendí que en lo que viví en Milán, Él había sido el protagonista.

Esta visión retrospectiva representa uno de aquellos niveles de madurez espiritual que acercan a la visión de Dios que será su don en la resurrección, o sea, la etapa definitiva de la vida, el revestimiento de la inmortalidad, la identificación total con Jesús, el Hijo de Dios.

El último renglón de sus "Memorias" en la segunda versión, es revelador: *"También en estos días oí unas voces para que yo escribiera lo que pude escribir, y entregarlo al Padre"*.

Por esta convicción, hemos podido abrir y conocer la manera como sintió a Dios en su vida y como buscó el cumplimiento de la voluntad divina, dejándose conducir por Dios por caminos que lo pusieron a nuestro lado: por eso lo llamamos *"contemplativo en la acción"*. Al final de su camino terrenal podía decir, como Don Bosco: *"He ido adelante como Dios me inspiraba y las circunstancias lo exigían"*. Don Bosco y Don Miki vivieron la experiencia de *"ser asistidos y casi conducidos de la mano... por el Señor y por la intervención maternal de la Virgen María"*.

En las "Memorias" de Don Miki no hay ninguna referencia a la Santísima Virgen. Pero su vida toda fue una especialísima referencia a la Madre de Dios. Su devoción era proverbial en el Rosario, en la celebración de las fiestas marianas con prepara-

ción especial y florida de su altar, en la manera de hablar de Ella y de invitar a honrarla. ¿Tendría coloquios con la Virgen? Nos lo decían cuando, niños, habíamos sido conducidos por María a la casa salesiana donde nos deslumbraría la gracia del Carisma de Don Bosco, su figura paternal y su invitación a la santidad. Ésta se concretaba en nombres del pasado que sentíamos tan actuales y presentes en la alegría de los patios, del estudio y de la capilla: Domingo Savio, Miguel Magone, Francisco Besucco, alumnos directos de Don Bosco. Y los salesianos que lo acompañaron en la gran aventura. En sus vidas se entretrejía lo natural con lo sobrenatural.

Eran como nombres de leyenda. Pero nos familiarizamos también con nombres concretos del historial salesiano nuestro que apenas completaba medio siglo en Colombia. No eran pocos en los heroísmos de las misiones de San Martín, de los lazaretos, los grandes de las obras educativas pioneras y famosas. Y supimos el nombre de Don Miki, con "sueños" como los de Don Bosco: lo veíamos llegar cada año a los retiros. No notábamos nada especial en él pero, al verlo tan de cerca, sí soñábamos con sus sueños, "sabíamos" que "vivía viendo al Invisible". Nosotros ... "nos quedamos con Don Bosco" porque nos cautivó la personificación de la santidad salesiana.

Hemos leído con respeto y con fascinación las experiencias que Don Miki nos dejó escritas. Y también su vida. Nunca lo vimos ostentoso en ningún sentido como un privilegiado sobrenatural. Siempre tenía un comportamiento humilde, de gran solidaridad y capacidad de servicio. Hasta pasaba inadvertido. Si escribió las que sentía como experiencias suyas, lo hizo única y exclusivamente por obediencia a su Director por algunos años, el P. Ildefonso Gil. No sabemos qué haya intuido éste para pedirle que escribiera. Sin quererlo, Don Miki irradiaba una gran espiritualidad, una profunda unión con Dios, un espíritu de oración continuo. Uno lo veía, desde muy temprano, cuando llegábamos a la meditación hacia las 5 de la mañana, salir de la oscu-

ridad apenas iluminada por la lámpara del Santísimo: él ya estaba en oración quién sabe desde qué horas. Dicen que, al arrodillarse delante del altar, apenas iniciaba el Padrenuestro, quedaba absorto en Dios.

Nadie puede pronunciar un veredicto sobre el valor sobrenatural de sus escritos como tampoco arrogarse autoridad para negarlo. Las revelaciones personales son posibles, existen, según la Iglesia y sólo comprometen a quien las recibe. Lo que quiere decir que los no implicados en ellas no estamos obligados a creerlas. Pero no podríamos poner en duda su autenticidad: el texto evidencia una gran coherencia interna y un sabor intenso de experiencia mística. Pero la lectura que más cuenta es la de la vida de Don Miki, la de su santidad salesiana, la de su "contemplación" de Dios para discernir siempre lo que Dios quería de él, lo "mejor" que le pedía.

En esas "Memorias" y en las "comunicaciones" de Dios para con él, hay siempre una invitación a la perfección. Así lo entendía. Y recorrió los caminos que sintió que Dios le trazaba. Su oración era una comunicación afectiva con Dios y Dios no tiene limitación alguna para responder directa y afectuosamente, siendo como es un Dios de amor como vemos en las vidas de los místicos como San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Ávila, lo mismo que encontramos en Don Bosco. *"El viento sopla donde quiere y oyes su voz pero no sabes de dónde viene ni a dónde va. Así es todo el que nace del Espíritu"*, explicó Jesús a Nicodemo al hablarle del nuevo nacimiento al Reino de Dios (Jn.III,8). Las respuestas de Dios humildemente se manifiestan en categorías humanas.

La lectura de sus escritos conmueve y edifica. Tanto más que los podemos cotejar con su vida tan fiel y tan enmarcada en las dimensiones de la perfección. Y es donde encontramos la mayor coherencia entre lo que escribió y lo que vivió. Y como en nuestra existencia tenemos experiencias muy personales que solemos llamar "tangibles" de la Providencia Divina, no tene-

mos por qué poner en duda manifestaciones personales y muy únicas del Dios bueno y providente en la vida de Don Miki. Digamos simplemente, como hemos afirmado de Don Bosco, que "Dios lo conducía de la mano".

Todas las manifestaciones de su vida eran "ordinarias". Nada sobresaliente en especial. Nunca apariencias de milagros o cosas por el estilo. Vivió rodeado de la percepción común y corriente que se tenía de su persona. Con todo, lo sobrenatural se irradiaba.

Hay un hecho que oí comentar alguna vez y, aunque no lo he podido confirmar con la aseveración de testigos, vale la pena traerlo a colación. La credibilidad del mismo se puede deducir de la visión de conjunto que nos da la experiencia de su amor por la Eucaristía, tanto en sus "Memorias" como en su vida cotidiana:

En Valsálce, hoy escuela agrícola pero entonces casa de vacaciones, un grupo de salesianos estaba reunido en plan de descanso. Entre ellos, Don Miki. En ese tiempo, la Misa sólo se podía celebrar, por normas de la Iglesia, en horas de la mañana. En una celebración para la comunidad, se distribuyó la comunión y, por imprevisión, se agotaron las hostias y el sagrario quedó sin el Santísimo. Cuando Don Miki se percató de ello y que había que esperar a la Misa del día siguiente (en ese entonces Valsálce quedaba en plena zona rural, más bien lejos de alguna iglesia), Don Miki se puso a llorar y a lamentarse en alta voz porque el Santísimo no estaba en la capilla y la casa quedaba vacía sin Él. Puede parecer una reacción ingenua pero sí es muy reveladora de su actitud ante la presencia de Dios concretada en el Sacramento del altar.

Entre la redacción de sus "Memorias" y la culminación de su vocación terrena pasaron cerca de 8 años. ¿Hubo nuevas experiencias de sabor místico? No se puede dudar de que Dios haya intensificado su comunicación con Don Miki, se le haya desve-

lado en el misterio de su relación personal, para prepararlo a la revelación definitiva y en plenitud que es la resurrección.

Pero no tenemos nada más para leer de esos últimos años sino su vida ordinaria, en su fidelidad extraordinaria en lo cotidiano de los pequeños deberes en que iba pudiendo desempeñarse cada vez menos pues las fuerzas le faltaban. Se iba deteriorando. Pero la gracia de Dios se iba incrementando: *"Aun cuando nuestro hombre exterior se va desmoronando -escribe San Pablo- el hombre interior se va renovando de día en día"* (II Co. IV, 16). La gracia divina sigue perfeccionando su obra santificadora. No importa la debilidad. Al contrario, como narra el Apóstol lo que Dios le dijo: *"Mi gracia te basta, que mi fuerza se realiza en la flaqueza"* (XII, 8).

Su caminar se fue haciendo lento y pesado y las pequeñas actividades, especialmente de la sacristía y arreglo de los altares, se le volvieron imposibles. Debíó ser muy duro para él, humanamente hablando, verse reducido a la impotencia aun para los menesteres más elementales y muy circunscrito a su habitación.

El P. Fernando Ortega lo había acompañado muy de cerca, salvo el tiempo en que se lo impidió una repentina gravedad. Pero cuando la superó, ya sobre los últimos días de la vida de Don Miki, le volvió a estar muy cercano, en especial por las noches, pues se iba a acompañarlo y a velar atendiéndolo en todo. Oraba con él, lo consolaba y también se edificaba con la paciencia inquebrantable del querido enfermo. Fue testigo de sus sufrimientos que se intensificaron sobremanera. Según sus "Memorias", en el rostro amable de Jesús joven había visto una huella de tristeza por las cruces que le sobrevendrían. Ya en las últimas semanas su mente se embotaba con frecuencia. Pero, podemos estar seguros, Dios no dejaba de comunicarse con él y él tampoco perdía su comunicación con Dios. Esta afirmación se sale de las categorías humanas y sólo puede situarse en la omnipotencia de la gracia. La revelación de Dios no era tenue, ni entraba en la penumbra, sino era cada vez más poderosa hasta

que el 20 de abril de 1970 se haría plena, indefinible, incalculable, cuando Don Miki, a las 8 de la mañana, entró a la contemplación de Dios y tuvo la experiencia de llegar a ser el alma que había visto, sublimada por la Eucaristía, que penetraba al círculo amoroso de la Trinidad de Dios, clara y transparente, absolutamente divinizada.

En lo terrenal se extinguía una presencia educadora, Asistencia Salesiana, con un secreto de juventud que vivió y compartió: "Jesús sería el compañero de mi vida". Por intermedio de Don Miki, Jesús lo fue para las generaciones juveniles que lo conocieron, admiraron y quisieron tanto en la deliciosa cercanía de su presencia sonriente, callada y amigable.

Y en esa vida que hemos contemplado nos queda la imagen viva del "candor immaculado de su alma conservado en todo su fulgor bautismal hasta el sepulcro, la oración encendida que constituyó como su atmósfera natural y el trabajo sin descanso que consumió lentamente su fibra excepcional" como sintetizó su último Director, el P. Juan B. Becerra.

Zapatoca, al rendirle el homenaje de despedida, aspiró el aroma de su vida entregada a Dios y tomó conciencia de que había albergado, sin saberlo, a un salesiano santo de verdad y empezó a sentirlo y a implorarlo como protector de la ciudad que había sido suya durante más de 20 años.

En y desde el camposanto de Zapatoca, los restos de Don Miki son y seguirán siendo, junto a los del P. Fernando Ortega, semilla salesiana y evocación de la presencia luminosa y sonriente de Don Bosco para la ciudad bien amada.

Para trazar este perfil biográfico de Don Miki, he tenido como fuentes:

- La carpeta del Archivo Inspectorial con documentos en Latín y Polaco sobre antecedentes religiosos y civiles, las fichas de datos personales generales, el brevísimo folleto obituario "*Coadjutor Miguel Zablocki*", escrito por el P. Juan B. Becerra, inmediatamente luego del fallecimiento.
- Los libros de la Crónica del Colegio Salesiano Santo Tomás de Aquino, de Zapatoca.
- El cuaderno de "Memorias" de su puño y letra: sus datos de origen y vivencias espirituales.
- Recuerdos personales míos y de otros que lo conocieron, salesianos y exalumnos.

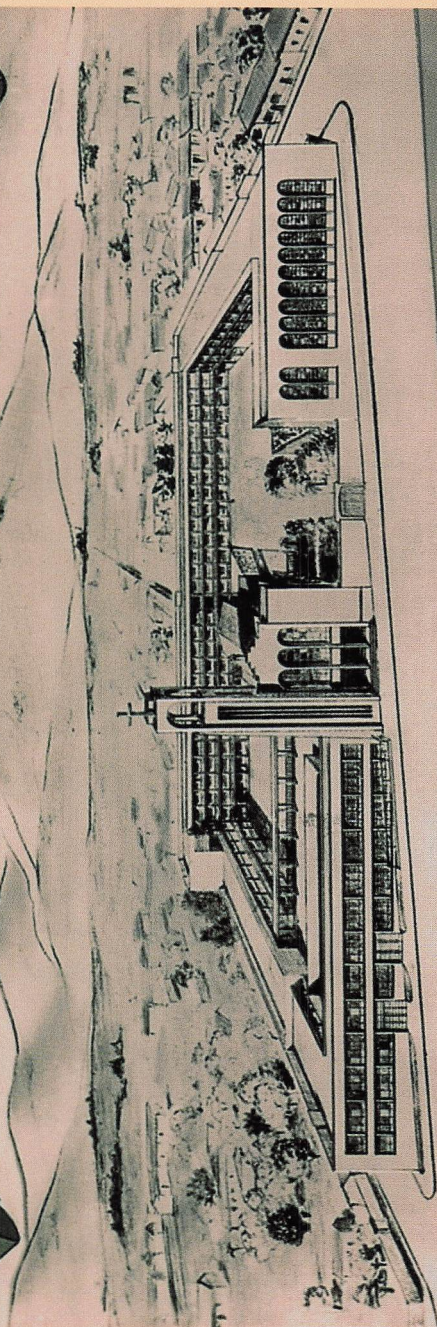
En cuanto a fechas, hay confusiones y contradicciones en los datos del Archivo. Todo quedó totalmente clarificado en el texto que se publica.

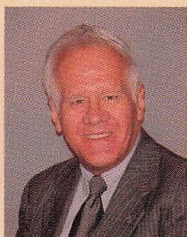
Índice General

<i>Exordio</i>	7
<i>"Medio siglo después"...varios compañeros le salieron al encuentro"...</i>	18
<i>En Quintanilla del Agua, de la Provincia de Burgos...</i>	20
<i>Un gran salto cualitativo...</i>	22
<i>El pozo de fuego</i>	23
<i>Reconstruir la vida</i>	27
<i>Misión más que cumplida</i>	29
<i>Un sexenio de novedades añejas</i>	33
<i>El Lazareto de Agua de Dios</i>	34
<i>En Zapatoca</i>	42
<i>Epoca de Oro del Salesiano</i>	48
<i>El "Padre" Fernando</i>	52
<i>La agonía del coloso</i>	55
<i>.... Lo último que le quedaba de lo mucho que nos había traído</i>	61
<i>La memoria viva</i>	67
<i>Bodas de plata celestiales</i>	69
<i>Coadjutor Miguel Zablocki</i>	
<i>Contemplativo en acción</i>	73
<i>Los 89 años de su vida</i>	75
<i>En pos de Don Bosco</i>	77
<i>El amor a la Eucaristía</i>	82
<i>Los caminos de Dios... hacia Colombia</i>	85
<i>Tierra firme</i>	89
<i>Zapatoca</i>	95
<i>Su más importante construcción</i>	99

Colegio Salesiano de Sto. Tomás
Zapatoca-Santander
Ley Manuel Serrano Blanco

Abello T. J. Ings. Arq.





JAIME RODRÍGUEZ F. SDB.

El autor está dedicado a una dimensión que se puede considerar inédita con respecto al siglo y primera docena de años de los Salesianos en Colombia. Acontecimientos y vicisitudes de los primeros tiempos han sido recapitulados por el P. José Joaquín Ortega Torres en los dos volúmenes de LA OBRA SALESIANA EN COLOMBIA, que llega hasta el año 1906 y un volumen sobre LA OBRA SALESIANA EN LOS LAZARETOS. El P. Eladio Agudelo publicó, bajo el primer título, los borradores que habían quedado preparados hasta 1915 y esbozó un anecdotario histórico que llega hasta 1922. De ahí en adelante no queda un cuerpo histórico sistemático. Tan sólo poquísimos perfiles de algunos salesianos.

Al P. Jaime le fue confiada la responsabilidad de re-crear la historia salesiana para darla a conocer a la Familia Salesiana actual y presentarla a Colombia a donde los Salesianos fueron llamados por el presidente Rafael Núñez para dar inicio a la educación técnica en el país y donde también le abrieron al Carisma Salesiano la perspectiva del acompañamiento a los enfermos de los leprosorios.

Optó por el método de hacer conocer las biografías de los protagonistas de la obra

salesiana en el país. Poniendo en juego su formación de teólogo, sociólogo y experto en espiritualidad y pedagogía salesianas y desde un estudio serio de las fuentes históricas, inició la colección con el libro LOS QUE VINIERON A FUNDAR (Giro ed. 2000), vidas de los 9 salesianos enviados a iniciar la obra de Don Bosco en el país.

Para el acontecimiento extraordinario del primer salesiano de Colombia elevado el 14 de abril del presente año al honor de los altares, P. Luis Variara, fundador en Agua de Dios de las Hijas de los Sagrados Corazones de Jesús y de María, primera rama de la Familia Salesiana, publicó FUNDADOR...FUNDADO (Giro ed. 2002), que fue el libro de la beatificación.

Y ahora entrega DOS SALESIANOS ESCRITADOS A ZAPATOCA (Editorial Visuales Dar Ltda. 2002), con las biografías del P. Fernando Ortega de las Heras y del Salesiano Coadjutor Miguel Zablocki, a quienes Zapatoca quiere y siente entre los más preclaros de sus hijos, venera como santos suyos y guarda sus cenizas.

Seguirán las biografías de los que consolidaron la presencia salesiana entre los enfermos de Hansen: algunas ya están escritas y otras en preparación.

El conocimiento de quiénes fueron los pioneros es garantía de autenticidad salesiana para continuar la obra que Don Bosco encomendó a los primeros enviados y que en su nombre inician sus hijos del tercer milenio en el continente de la pobreza y de la esperanza: América Latina.